

## CUATRO CONVERSACIONES: EL PAÍS HABLA Y ESCUCHA

*Conversar es un arte que invita al intercambio respetuoso de ideas, puntos de vista o afectos, mediante lenguajes verbales y no verbales. Cultivar este arte es un propósito necesario para el actual proceso de paz y un compromiso de todos para construir la nueva Colombia que empieza a nacer.*

*Como una invitación al diálogo sobre temas que tejen la urdimbre Universidad, Empresa, Estado, entregamos a nuestros lectores cuatro conversaciones que sirven de testimonio histórico sobre aspectos coyunturales para el país, una manera de poner en práctica el ejercicio de hablar y escuchar, de ponerse en el lugar del otro.*

*Lina Vélez de Nicholls*<sup>1</sup>:

## TOMA AÑOS ACABAR CON EL CONFLICTO

Editores<sup>2</sup>: Escapando al optimismo fácil o al pesimismo definitivo, ¿cómo ve usted la situación del país?

**Lina Vélez:** Colombia, como todos los países del mundo y especialmente los latinoamericanos, está sometida a muchos cambios. Hay un cambio generacional, que ya todos lo conocemos, que habla de los milenios; hay un cambio de la estructura sociopolítica del mundo, todo lo que está pasando con los problemas de inmigración en Europa afecta al mundo, y Colombia hace parte del mundo. Si analizamos de manera más específica la situación sociopolítica colombiana con nuestros vecinos: Venezuela; no podemos dejar de lado lo que está pasando hoy en Brasil; el gran cambio en Argentina; Chile que se suponía era el diamante del crecimiento latinoamericano, y por primera vez está teniendo desaceleración económica; Ecuador; todos los cambios que hay en Perú. Conclusión, lo que quiero decir es que en la evolución del mundo, y menos en el mundo actual, no caben las palabras ni optimismo ni pesimismo. Cabe la palabra cambio, es un cambio que hay que saber enfrentar. Ahora, en el caso específico de Colombia, la palabra cambio, que la hemos llamado posconflicto, creo que es equivocada, porque no creo que Colombia todavía pueda hablar de un posconflicto. El hecho de que se firmen los acuerdos de paz, no quiere decir que se termine el conflicto. Terminar un conflicto toma muchos años y exige muchos cambios. Entonces creo que cuando los seres humanos optan por una posición de optimismo o una posición de pesimismo, optan por un tema de sentimientos personales. Creo que lo que tiene que hacer un país para enfrentarse a esto no es un tema de sentimientos personales, sino de instituciones; es decir, si Colombia después de un acuerdo de

<sup>1</sup> Presidenta Ejecutiva Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. Entrevista realizada el 1 de junio de 2016. El texto conserva el tono coloquial de la conversación.

<sup>2</sup> Estas conversaciones fueron realizadas, por Armando Estrada, José Fernando Saldarriaga y Ana María Jaramillo.

paz para enfrentar el conflicto, porque es otra forma de enfrentar el mismo conflicto, es capaz realmente de transformar su Estado en unas instituciones sólidas para enfrentar el conflicto de otra manera, soy optimista.

**E:** Por primera vez estamos viendo los colombianos que la Superintendencia de Industria y Comercio castiga la cartelización, castiga a las empresas que se asocian para tratar de manipular el mercado y manejar los precios. ¿Qué opina usted de esa actuación del gobierno de reprender, de sancionar la cartelización que se ha demostrado en unas áreas básicas para la vida familiar, como el papel higiénico, los cuadernos y otros elementos absolutamente indispensables?

**IV:** Eso es lo que se llama institucionalidad; eso es lo que necesita un país para enfrentar tantos cambios. Más allá de las grandes calidades y cualidades que tiene el Superintendente de Industria y Comercio, creo que lo fundamental es el esfuerzo que está haciendo Colombia para entrar a la OCDE. Al entrar a este organismo, se le exige a cada país tener unas instituciones y unos esquemas efectivos de lo que se llama en el mundo la competencia desleal. Uno de estos ejemplos es la cartelización; porque la cartelización está inmersa en uno de los grandes delitos económicos del mundo, que se llama la competencia desleal. Precisamente porque el precio, que tradicionalmente es una decisión del mercado, oferta-demanda, en el caso de la cartelización lo que sucede es que el precio no lo pone el mercado, sino unos acuerdos previos, y por eso está inmersa en la competencia desleal. De manera que si Colombia quiere enfrentar estos cambios para entrar a los niveles de países desarrollados, el control de la competencia desleal es una obligación, eso lo tienen que hacer las instituciones. Y el control de los carteles de precios es uno de los modelos de competencia desleal tradicionales en el mundo; son delitos muy difíciles de combatir. Creo, sin lugar a dudas, que Colombia y la Superintendencia de Industria y Comercio lo están haciendo adecuadamente. Ahora, no me atrevo a hablar de cada uno de los procesos porque no conozco; seguramente, dentro de ellos habrá algunos, como en cualquier otro, que evalúa si esa sanción corresponde al delito, si lograron

probarlo o no, pues no soy el juez para opinarlo. Pero como principio fundamental, creo que lo que sí tiene que hacer Colombia es empezar a combatir, de manera institucional y estructurada, los delitos de competencia desleal, como es el control de precios. Es que afecta muy duro en la capacidad adquisitiva del consumidor, y eso es sin lugar a dudas una competencia desleal.

E: Una queja común en los empresarios colombianos tiene que ver con el sistema tributario. Ahora se planea una nueva reforma, de la cual se conocen algunas bases, pero que todavía el gobierno no ha presentado a consideración del Congreso. ¿Qué opina usted sobre esa queja de los empresarios, cuál podría ser, según su recto criterio, un buen mecanismo tributario colombiano?

LV: No hay ninguna duda de que la queja es justificable, ¡porque someter a las empresas y a los ciudadanos a un régimen tributario cada dos años!, pues ustedes que tienen Facultad de Contaduría saben que eso es un imposible desde el punto de vista operativo. Adicionalmente, eso genera una inestabilidad jurídica para la inversión extranjera enorme; no hay nada más difícil de controlar que unos cambios tributarios tan permanentes. Entonces el sueño de una reforma tributaria estructural, lo acompañaría de otras palabras obligatorias, que son permanencia y estabilidad, porque cada gobernante cree que está haciendo la reforma tributaria ideal, pero el que llega decide que quiere hacer la otra ideal. Entonces, el sueño, más allá que una reforma estructural, es la permanencia que el país pueda darle a esa reforma estructural. Y si hablamos de la posible reforma, creo que el país debe hacer varias reflexiones fundamentales. Primero, es cierto que estamos haciendo una reforma tributaria en unas condiciones de déficit fiscal en Colombia de alto nivel. Todos sabemos lo que ha pasado con los *commodities*, con los minero-energéticos, entonces el país está presionado por generar más ingresos y eso es lo que a mí me da miedo, porque esa obsesión que tiene el país por generarlos vía solo reforma tributaria es muy peligrosa. Creo que el país tiene que ser capaz de hacerlo, primero, controlando la evasión, pues hoy existen muchas formas más eficientes para generar más ingresos, que volver implementar otra reforma tributaria. El tema de evasión, mi opinión personal, es que

la unión de la DIAN con Aduanas para el país no fue favorable. Porque cuando uno quiere poner a un país a abrirse a los mercados, a importar y exportar... ya teníamos las ineficiencias propias de la administración de impuestos, y le metimos, además, para un país en crecimiento, el tema aduanero. Entonces yo especializaría, separaría esas entidades y me dedicaría principalmente al tema de la evasión. Otro tema fundamental es la simplificación de trámites. Es que en Colombia no solamente los impuestos son muy costosos, sino que son imposibles de pagar; yo creo que es imposible para cualquier empresa, por más conocimiento que tenga, no equivocarse en cómo es que le tiene que pagar sus impuestos al Estado. Concluiría entonces que en esa reforma tributaria, más allá que revisar de fondo la estructura tributaria, son tres características las que también deben considerarse: la permanencia que vaya a tener en el tiempo, la institucionalidad que va a respaldarla y la simplificación en el pago de los impuestos.

**E:** Usted ahora mencionó que no se puede hablar de posconflicto, sino más bien de extensión del conflicto por otras vías. ¿Cómo ve la economía en ese escenario?

**IV:** Sin lugar a dudas, Colombia tiene una muy buena posición de visión país, entre los otros países. Si hablamos de Latinoamérica, obviamente, cuando tenemos la situación de corrupción que se vivió en Brasil; cuando se ha visto que Chile empezó a tener un lento decrecimiento; y la estabilidad económica y política que Colombia, a pesar del conflicto, ha sido capaz de mostrarle al mundo durante estos últimos treinta años, somos un país muy atractivo para la inversión. Nosotros como colombianos, hablamos con temor del tema de los diálogos de paz. Pero respecto a la imagen internacional, la firma de un acuerdo de paz se hace muy atractiva para los inversionistas. Entonces veo que Colombia tiene un muy buen nombre en el ámbito internacional, es un país muy atractivo para invertir en él, y volvemos a la pregunta anterior. Cuando usted ve la misión de país atractiva, analiza las condiciones de estabilidad, ya viene el segundo componente, que es el de rentabilidad. Cuando usted le aplica el tema de la reforma tributaria, y se da cuenta de que en los últimos diez años hemos tenido cinco reformas, el tema de rentabilidad empieza a perderse, em-

pieza a perder capacidad de atracción; por eso insisto en que si queremos aprovechar la buena atracción de visión de país que tendrá la firma de los acuerdos de paz, hay que generar unas estabilidades. El segundo componente fundamental es el tema del desarrollo agrícola, en el que en Colombia no hemos sido capaces. A este tema del desarrollo agrícola, creo que va a estar muy asociado todo el tema de la inversión en infraestructura física, que es una realidad. El país va a tener en los próximos quince años unas inversiones en infraestructura que no la ha tenido en los dos siglos de la historia de Colombia. Al tener esa infraestructura física, se empieza la atracción de la inversión de privados, por ejemplo, para puertos. Ya hoy en el puerto de Urabá hay sobre la mesa cuatro alternativas, cuál es el mejor puerto. Y tenemos ahí sin lugar a dudas, Antioquia y Colombia la mejor esquina de América. Cuando uno entiende lo que está haciendo el Canal de Panamá en crecer y nos damos cuenta de que somos el puerto más cercano del mundo al Canal por Urabá, y que vamos a tener una vía que nos comunique, yo no tengo ninguna duda de que ese es el camino fundamental para el desarrollo agrícola. Porque la agricultura lo que necesita es infraestructura y creo que con esta infraestructura va a haber un elemento objetivo muy importante para la inversión. Nos queda una deuda pendiente muy compleja de administrar, que es la cultura para sembrar, pues todos soñamos que cuando haya todos estos procesos de reinserción, el reinsertado quiera salir a sembrar. Pero es que ese querer salir a sembrar para quien desde los doce años tiene un fusil, es un cambio de vida muy complejo. Creo que ahí Colombia va a tener que hacer una inversión grande, traer empresas y permitir que las empresas grandes productoras del mundo vengan a Colombia, utilicen nuestra tierra; porque no se puede decir que están explotando la tierra, no; que utilicen nuestros recursos naturales para enseñarle a la gente a transformar su vocación hacia la agricultura, porque la agricultura colombiana que es de pan coger, no alcanza a atender las demandas de alimentación que tiene el mundo. Se necesita una agricultura industrializada y eso Colombia no lo sabe hacer.

E: ¿Cómo las empresas se están preparando para ese momento?

LV: Voy a hablar por las empresas antioqueñas. Las empresas antioqueñas están muy preparadas, y están muy preparadas porque han ido

expandiéndose alrededor del mundo. Han dado resultado sus inversiones y esa inversión en otros países del mundo tiene un beneficio muy grande para la región, es que se aprende y se aprende mucho. Por ejemplo, todas esas inversiones que se han hecho por fuera de Colombia. En los otros países del mundo, el componente de riesgo es un componente que se administra muchísimo en la gerencia, y todas las empresas nuestras han ido aprendiendo. En esos países del mundo las certificaciones de calidad para vender alimentos, era un tema que para nosotros los colombianos no era un requisito; hoy en día las empresas de alimentos nuestras han aprendido que para salir a vender al mercado una galleta, tiene que tener una certificación de calidad, eso es un *know how* que no teníamos. Hablemos de las cementeras, también, todo el tema de innovación para ser sostenibles ambientalmente. Entonces las grandes empresas antioqueñas que son las que yo más conozco, llevan más de diez años aprendiendo en su propio negocio, cómo atender mercados muy exigentes. Hablemos de las pequeñas y medianas empresas, que son el 80% de nuestra economía. Si esas pequeñas o medianas empresas logran encadenarse con las grandes, van logrando unos niveles de productividad muy altos, porque los niveles de exigencia son mayores. Hay otras que definitivamente buscan exportar, pero no logran superar las barreras ni de las cantidades, ni de las calidades. El nivel de productividad para la exportación exige muchos cambios y exige mucha inversión. Hay otras que definitivamente tienen una permanencia en consumo interno, pero el consumo interno en Colombia ha crecido, y no tengo duda de que con el tema de los acuerdos de paz el consumo interno tiene que tender a crecer más. Cuando hablo de los acuerdos de paz estoy hablando con el convencimiento de que estos acuerdos de paz son viables y son positivos, solo si la institucionalidad, por ejemplo de la justicia, se reforma y opera adecuadamente; solo si todos los proyectos que se tienen para el campo operan adecuadamente. Entonces creo que con esos dos pilares, sin lugar a dudas, la tendencia de la economía tiene que crecer, y como en todas las economías del mundo, hay un componente de la producción industrial empresarial, que está para el consumo interno, otro que logra atender algunos mercados exigentes y otros que tienen la tendencia a la internacionalización definitiva. En Antioquia, por ejemplo, esa es una mezcla buena.

E: Usted ha hablado de manera insistente de la agricultura. El país durante los últimos años ha vivido una situación de conflictividad social en este sector. Hubo un paro agrario en 2013 y nuevamente un paro en 2016. Los campesinos se quejan de que no les cumplieron lo que se acordó para levantar el paro del 2013. ¿Qué hacer frente a esa conflictividad, frente a esa manifestación permanente de protesta por parte de los campesinos, de los trabajadores del agro?

LV: Creo, sin lugar a dudas, que no se les ha cumplido. No hay discusión alguna. Los trabajadores agrarios en Colombia tienen una menor condición y una menor calidad de vida. Es el esfuerzo que se tiene que hacer, repito, en infraestructura, para conectarlos con los grandes centros de desarrollo. Ni hablar en educación. El país ha estado haciendo un gran esfuerzo, pero todos sabemos que ese esfuerzo no alcanza a llegar hasta esos lugares. En oferta de salud, porque finalmente el trabajador del sector agrícola es un ser humano como cualquiera, que tiene las mismas necesidades de salud, educación, recreación, vivienda. El país se ha transformado y uno diría que Colombia, por ejemplo, es un modelo en el mundo de todo el sistema de salud. Nos queda mucho por hacer en educación, mucho por hacer en infraestructura. Y si habláramos de agricultura, la mayor inversión se va a llamar tecnología y conocimiento de producción. Yo no creo que el Estado colombiano sea capaz de transferir. Personalmente, estoy convencida de que la única forma de transferir esa tecnología y ese conocimiento de producción es atracción de inversión extranjera. Pero como tenemos todavía el inri de que si viene un extranjero a explotar nuestra tierra son unos *yanquis* oportunistas, entonces esa es la primera cultura que hay que cambiar. Hay quienes saben producir en el mundo y creo que va a haber que abrir las tierras colombianas a que los grandes productores en el mundo quieran utilizarlas, porque detrás de eso hay una transferencia de conocimiento. Entonces, esa gran apertura de la inversión extranjera a la agricultura, creo que es la única forma de dar el cambio. No creo que haya otra.

E: ¿Cuál podría ser esa fuerza entre universidad y empresa para enfrentar lo que viene con el posacuerdo, o lo que viene también con esta conciencia por el medio ambiente?

**IV:** La universidad ahí juega un papel fundamental y creo que lo ha venido jugando. Mi percepción, contrario a lo que pensarán muchos economistas, es que como la Universidad está en contacto permanente con la juventud, allí se captan muy rápido todas las tendencias. Por ejemplo, el tema de sostenibilidad ambiental, que hoy ha sido casi que una cosa impuesta por la juventud; no fueron las empresas las que un día dijeron vamos a empezar a hacerlo. Fue la juventud la que empezó a hacer transformar el concepto en las empresas. Entonces creo que el papel que juegan las universidades de captar toda esa fuerza que tiene la juventud, es fundamental y lo han jugado. Ahora, cómo empatar esa fuerza con lo que se llama productividad. Ahí es donde desempeña un papel fundamental esa integración Empresa-Universidad-Estado. El Estado tiene que dictar las políticas públicas, pero en Colombia pasa una cosa: el Estado las dicta, pero no tiene la institucionalidad para hacerlas cumplir. Entonces, el Estado tiene que dictar las políticas públicas, quien las tiene que hacer cumplir es el Estado, la industria las tiene que cumplir y quien tiene que formar a los futuros profesionales es la Universidad. Esa integración de esos tres conocimientos es definitiva para un desarrollo sostenible. Personalmente, me parece que en Colombia las empresas han ido transformando su concepto de responsabilidad y eso ayuda mucho, porque hace unos años entregar los estados financieros era suficiente. Hoy en día, las empresas han ido tomando conciencia de lo que es responsabilidad social, no solamente en el tema medio ambiental, sino en el tema de su entorno y una de las mayores responsabilidades que hoy tienen las empresas es ayudarles a las universidades a orientar la vocación de los jóvenes que se necesitan. Lo veo, por ejemplo, en Antioquia; contrario a que tanta gente es tan crítica, no veo a la Universidad alejada del sector productivo. La percibo integrada, percibo que las universidades en Antioquia están pendientes dentro de sus pénsum de cómo los orientan hacia las necesidades de la empresa; veo claramente en las universidades el tema de la formación integral, de responsabilidad social, que no es ajeno en ninguna de las universidades nuestras. Porque si uno mira el modelo educativo en el mundo, cuando una Universidad le da diploma a 20.000 y a 30.000 estudiantes, el componente académico pesa durísimo. A mí me parece que en Antioquia, el componente de la integridad del ser

humano pesa mucho y las universidades se han ido transformando. Sin embargo, en el sector agrícola ve uno muy poco.

E: Las facultades de agronomía entonces están “quedadas”.

LV: Es que el mercado le ofrece muy poco y el mercado les exige muy poco. No soy una experta en ese tema, pero si Colombia tuviera una posición importante en el mundo en producción alimenticia, pues yo lo sabría, pero seguimos hablando de café, flores y banano. Y somos importadores de cantidades de alimentos. Ese solo indicador nos hace pensar que tenemos que ser capaces de producir más comida.

E: Usted habló de la necesidad de la inversión extranjera. La inversión extranjera realmente trae capital que el país no tiene, trae tecnología que el país no tiene y abre mercados que el país no tiene. Pero, por otro lado, generalmente la inversión extranjera, sobre todo si son grandes multinacionales, le imponen una serie de condiciones a los países para poder invertir. Condiciones en materia de propiedad intelectual, en materia tributaria, a veces piden unas garantías tributarias. Lo mismo ocurre con el medio ambiente; no llegan con mucha preocupación por el medio ambiente. ¿Cómo compaginar esas ventajas de la inversión extranjera con las imposiciones desventajosas para el país?

LV: Creo que uno tiene que separar. Si hablamos del sector minero-energético son en general muy contaminantes, pero en general también han aprendido mucho esos países de origen sobre el control y la sostenibilidad medioambiental. Entonces lo que se necesita, como en cualquier negocio, es que las dos partes estén en la misma posición de poder. O sea, si Colombia tiene una agencia nacional de licencias ambientales en cada una de las gobernaciones, las secretarías encargadas del medio ambiente, las CAR, que son poderosas, intocables, incorruptibles, y pueden imponer los mismos niveles de exigencia que se ponen en esos países, es viable la explotación adecuada. Lo que pasa es que tenemos que tener nosotros la misma fortaleza de ellos. Eso, en las que tiene que ver con las minero-energéticas, que son muy contaminantes. Ahora, son muy contaminantes, pero en muchos países del mundo lo saben hacer, nosotros también tendríamos que saberlo hacer.

Hablemos de la inversión extranjera directa en cualquier otro de los sectores: si yo separo dentro de los sectores el agrícola, en mi opinión, hay sectores donde nos demoraríamos muchísimo más en traer ese conocimiento y es un gana-gana para el país. Volvemos a lo mismo, hay que exigirles que cuiden los ríos, hay que exigirles que no usen fungicidas e insecticidas altamente contaminantes, pero en todos esos países del mundo, ellos hoy producen comida con un criterio de sostenibilidad ambiental, pues ¿por qué no lo pueden hacer en Colombia? Si dejamos que abusen de nosotros, claro, no nos conviene. Ni el nacional ni el extranjero, porque el nacional también va a abusar, no hay ninguna diferencia en el abuso si no hay control. Si hablamos ya en general, no solamente en el sector agrícola es donde creo que Colombia tiene que pagar más por el conocimiento, en las otras industrias creo que nos hablamos de igual a igual. Colombia tiene industrias muy desarrolladas y cuando nos buscan, nos buscan es porque nos estamos hablando de igual a igual. Entonces la institucionalidad estatal vuelve a jugar ahí un papel importantísimo. Una cosa son las políticas públicas y otra cosa son los organismos que las controlan, que en Colombia son muy dispersos y desafortunadamente, como es un país tan extenso geográficamente, todos sabemos que hay un 30% del país donde hoy no hay Estado. Cuando yo hablo de que no hay Estado, no hay Estado ni siquiera para eso; o sea, el país necesita ir a sembrar a todos esos territorios, pero si en esos territorios no tenemos ni el Estado básico... Yo sí creo que esa puede llegar a ser una política pública. Personalmente, he visto la transformación en todo el tema de infraestructura, cuando pasamos de tener una cantidad de entidades y de organismos y reguladores, pues se crea la Agencia Nacional de Infraestructura (ANI), que es un organismo completamente técnico, que tiene hoy ya casi ocho años de existencia. Han salido por el mundo a estructurar proyectos de más de 58 billones de pesos; han conseguido la inversión extranjera, la han financiado y permanece como un órgano absolutamente técnico, que a hoy todavía no he oído la primera crítica de alguien que haya dicho que alguna de esas concesiones de la ANI se adjudicó de manera inadecuada, y a los contratistas los están poniendo a cumplir con todos los requisitos. Entonces creo que sí se puede.

E: Usted mencionó la palabra incorruptible. Una de las mayores quejas que se hace al funcionamiento del Estado colombiano, desde luego, aliado con el sector privado es la corrupción. ¿Sí cabe hablar en el caso de Colombia y en el caso de las CAR de que son incorruptibles?

LV: Desafortunadamente, en el caso de las CAR pareciera ser que no es así. Pero sí se pueden lograr organismos incorruptibles. Yo sí creo. Pongo el ejemplo de la ANI, que nació hace muy poco y todos quienes hemos estudiado el tema de la transformación de la infraestructura, creo no exagerar si digo que el 70% de esas obras se están haciendo con inversión extranjera. El país va a pagar durante 20 o 25 años peajes. Quienes las construyeron van a generar utilidad, claro, si vinieron a poner la plata. Pero el país se va a quedar con las carreteras. Digo lo mismo en agricultura: si el país pone una política clara, a mí no me puede molestar que quien venga a hacer una inversión en Colombia asuma el riesgo; que va a generar utilidades, ellos no van a venir a regalarnos nada. Pero sí los organismos de control medioambiental y de licencias tienen que ser los organismos técnicos más sólidos, más permanentes, con la gente mejor entrenada del mundo, bien pagadas, con garantías de estabilidad, con seguridad personal. Claro que sí se puede. Nosotros tenemos ejemplos muy poderosos; aquí en Antioquia hablamos de Empresas Públicas con mucho orgullo. Y qué proyectos hay más sensibles al tema de corrupción que un proyecto de generación hidroeléctrica; estúdiese usted la historia de los proyectos de generación hidroeléctrica en Brasil para que vea el nivel de corrupción que allá ha habido. O sea, sí se puede. Claro que se puede.

E: ¿Qué cambios ha notado usted durante este medio siglo que ha vivido el país y que ha vivido Antioquia?

LV: Lo fundamental para mí es la forma de informarnos. Ese es el gran cambio de lo que han estudiado los sociólogos de los *millennials*. Porque cualquier espacio sobre el planeta hoy es un medio de información. Entonces, el gran cambio que eso genera es la capacidad que tenemos cada uno de enfrentarnos precisamente a esos cambios. Somos todos mucho más conscientes de que el cambio está absolutamente inmerso en nosotros día a día. Y yo creo que ese es el gran reto de los educadores. Lo

synetizaría en dos palabras: el gran reto de los educadores hoy es cómo transferirle al ser humano que él nació y la vida se la dieron para ser feliz, para vivirla, para disfrutarla, adaptándose cada vez más, de manera más rápida a esos cambios. El cambio es la esencia de la vida, no tiene por qué generarnos angustia, ni estrés ni aburrición ni depresión. Hoy tenemos la posibilidad de enfrentar el cambio con muchísima más información. Y si el ser humano crea criterios, se informa y acepta el cambio, vive bueno.

**E:** ¿De manera que hay que salir de la provincia por A o por B?

**IV:** Si se entendiera la palabra provincia como la capacidad de uno vivir aislado del mundo, eso ya no existe. Ya no hay nadie aislado del mundo. Hoy estamos más informados nosotros de Siria y de Yemen que ellos mismos. Realmente el mundo ya tiene puestos los ojos en esos países donde las autocracias los han querido aislar. Puede que se demoren cinco años, o siete, pero que el cambio les va a llegar, les va a llegar. La velocidad de los medios de información hace que el hombre hoy en día sea otro hombre, y no nos puede dar miedo.

**E:** La globalización no es una opción, es una realidad.

**IV:** Es que el problema de la globalización es que la gente la entiende desde el punto de vista económico, pero es la globalización cultural, es la globalización en la capacidad que tiene uno para adquirir conocimiento.

*Juan Luis Mejía Arango*<sup>3</sup>:

### ¿ESTAMOS EDUCANDO PARA ÉPOCAS PASADAS?

**Editores:** De acuerdo con la Unesco, la educación tiene cinco aprendizajes básicos: aprender a aprender, aprender a ser, aprender a hacer, aprender a convivir y aprender a emprender. ¿Qué viene haciendo la universidad colombiana por atender esos aprendizajes básicos que debe tener la educación a todos los niveles, desde la primaria hasta la superior?

**Juan Luis Mejía:** Creo que a la Universidad hay que verla desde una perspectiva de evolución del país y de la región. Por ejemplo, a una región como Antioquia no es posible pensarla sin instituciones educativas fundamentales. Si aquí no hubiera existido la Escuela de Minas, si no hubiera existido la Escuela de Medicina, la Universidad de Antioquia; posiblemente el desarrollo de la región no hubiera correspondido con lo que fue en su devenir. Lo que pasa es que la Universidad de acuerdo con su época tiene su reto. Hoy tenemos unos retos muy diferentes a los de antes, y esa es mi primera gran preocupación: ¿estamos impartiendo la educación que requiere el momento o estamos educando para épocas que ya pasaron? Ese es mi primer gran interrogante.

En esta región también estamos construyendo una idea de Universidad muy interesante; estamos viviendo una transición de una Universidad que transmitía conocimiento a una que aspira a generar conocimiento, que son dos cosas distintas. Entonces, si bien la Unesco nos trae esos cinco retos, que son los esenciales de toda educación, me parece que la gran transición que estamos viviendo en este momento es esa. Hasta hace muy poco nosotros nos conformábamos con transmitir conocimiento, que es una función misional importantísima. Miro y sintetizo: la Universidad, de alguna manera, es el receptáculo donde se acumula el saber generado por la humanidad a lo largo de su historia, y una institución que se llama Universidad la transmite a las nuevas generaciones. La Universidad colombiana no puede quedarse solo en transmitir conocimiento, porque este territorio que nos tocó habitar, estas necesidades

---

<sup>3</sup> Rector Universidad EAFIT. Entrevista realizada el 7 de junio de 2016. El texto conserva el tono coloquial de la conversación.

que tiene esta sociedad, implican que la Universidad genere respuestas propias de esta región. Por eso la transición en que estamos es generar conocimiento a través de la investigación. Ese es un cambio, no solamente semántico, sino que es muy profundo. La concepción de la administración de la Universidad cambia, la financiación cambia, su relación con la sociedad cambia. De manera que, en el momento actual, estamos en esa transición de una Universidad que transmitía conocimiento a una que aspira a generar conocimiento. Con más o menos desarrollo en muchas regiones. En Antioquia, afortunadamente, tenemos un grupo de universidades que han entendido esa misión y están volcadas a generar conocimiento a través de la investigación.

**E:** Funciones tradicionales de la Universidad son la docencia, la investigación y la extensión. En este momento se le está dando mucha fuerza a la investigación y prácticamente toda visita del Ministerio de Educación a cualquier universidad es para insistir en la necesidad de investigar. Pero vuelvo a la pregunta anterior. Los colombianos nos matamos por cualquier insignificancia, los colombianos somos marcadamente intolerantes; mucho colombiano no tiene espíritu crítico y acepta las cosas como se le presentan. Por eso vuelvo a la pregunta: ¿qué puede hacer la Universidad para enseñarnos a convivir mejor y para que no se preocupen tanto por cómo hacemos las cosas, sino por cómo somos los colombianos?

**JLM:** Ahí el tema que plantea la Unesco de convivir. El conflicto nuestro nos degradó tanto que hasta degradó las palabras. Una palabra tan bella como convivir adquirió otra connotación... Ahí parto de un tema y es el siguiente: la Universidad no es una isla, ni un sistema separado. Y una de las grandes dificultades que tiene la educación en Colombia es que hemos hecho compartimientos de la educación: “De cero a siempre”, primaria, secundaria, universitaria, ahora estamos hablando de terciaria. Pero no conversan entre sí, no hay un verdadero sistema educativo y pienso que ese es un problema muy grave. La convivencia entre los colombianos debe ser un proyecto educativo desde la primera infancia hasta los posdoctorados. Ahí las universidades tenemos un papel fundamental: primero en la pluralidad, concepto que es muy bonito,

pero a veces es difícil tenerlo en la Universidad. Sin embargo, esta tiene que ser el epicentro, como pequeño modelo de la sociedad, en donde los ciudadanos puedan expresar sus opiniones de manera libre y ser capaces de generar juicios argumentados. Creo que eso es lo más importante en la Universidad, por eso la pluralidad tiene que estar íntimamente ligada con el concepto de Universidad.

Otro punto es la Universidad participe en los grandes problemas nacionales. A veces veo la Universidad colombiana autista de los grandes problemas, concentrada en sus propias realidades y no en las realidades del país, y esa es otra gran dificultad. Que sea el seno de la Universidad donde se discutan los grandes temas, y no concentrarnos en otras cosas, sacándole el cuerpo a lo esencial. Hay algo que me está preocupando en los últimos tiempos, y es que de todas maneras el espacio universitario, el campus, tiene que ser, ante todo, un ejercicio de convivencia; por eso me da tanto miedo la educación virtual, la educación a distancia, porque los campus universitarios tenemos que convertirlos en un espacio de convivencia, de encuentro, de discusión civilizada de los grandes temas. Pero considero que sí tenemos un gran papel en la formación de ciudadanos, y en eso insisto mucho, la Universidad colombiana en este momento, más que sacar o promover grandes profesionales, debe formar excelentes ciudadanos. Porque yo entiendo un gran profesional, que es ante todo un gran ciudadano, pero no entiendo un gran profesional que no sea un gran ciudadano.

E: Su respuesta da para formular tres inquietudes. Una, la Universidad torre de marfil. La otra, el uso de las tecnologías para masificar la educación, y por último, la Universidad como formadora de ciudadanos. Hago la primera pregunta: la Universidad generalmente ha estado enclaustrada, la sociedad la considera una torre de marfil. ¿Qué hacer para mejorar las relaciones entre la Universidad y la sociedad? No simplemente entre los grupos que contratan con la Universidad servicios de investigación y otras cosas, sino con la sociedad en la parte más general, y si se quiere, la parte más humilde de la población. ¿Qué hacer para mejorar la relación Universidad-sociedad y que deje de ser torre de marfil como lo ha sido hasta ahora?

**JLM:** Sí, porque el gran peligro es que nos volvamos unos organismos autosuficientes, en donde nuestras propias dinámicas nos llevan a convertirnos en esa torre de marfil, en esa urna de cristal que muchos ven. Creo que eso tiene que ver con un tema. Usted planteó ahora el tema de las tres misiones, que eran formación, investigación y extensión. El concepto extensión, que fue un concepto tan importante desde el movimiento de Córdoba, luego todo el movimiento español, cuando la Universidad tuvo la influencia de Giner de los Ríos; las universidades y los universitarios salen a las calles y extienden el ámbito universitario, con movimientos obreros, culturales, etcétera. Ese concepto de extensión se agotó. Aun, cuando leo la Ley 30, me vengo a encontrar con que la definición de extensión está por allá al final, como quien dice, ¡se nos olvidó esta vaina, metámosla! Hoy, creo que le tenemos que dar un contenido muy diferente al concepto de extensión. Es más un compromiso social; incluso, estamos tratando de darle contenido a la responsabilidad social universitaria, que me parece que es mucho más amplia que el tema de extensión, que se nos volvió un tema de entretenimiento, y no de discusión y de proyección de la Universidad. Lo que hoy llamamos la Universidad de tercera generación, es la que realmente impacta en el beneficio de la calidad de vida de los habitantes de su entorno. Una Universidad que no esté pensando en resolver desde los problemas de equidad, los problemas de injusticia, hasta los problemas de innovación de su sociedad, es porque está encerrada en sí misma. Entonces yo sí concibo la Universidad abierta hacia los grandes temas nacionales, y por eso me gusta mucho esa última tendencia de que la Universidad debe estar estructurada alrededor de los retos sociales, y que todo el currículum y su fortaleza debe estar dirigida a cómo la Universidad va a superar esos retos. Hay muchas formas, desde los consultorios jurídicos, contables, hasta la creación de *spin-off*, *start up*, y de proyectar realmente el potencial de conocimiento que tiene la universidad en beneficio de los ciudadanos; porque de resto quedamos convertidos simplemente en un productor de *pappers* para mejorar en el escalafón, y ahí sí estamos viviendo en la urna de cristal.

**E:** ¿Cuál puede ser el lugar que ocupa hoy la Universidad frente a los desarrollos políticos del país, en especial del proceso de paz? ¿Cuál

sería la acción protagonista de las universidades en la actualidad, cuando en la época de los setenta había gran participación de los estudiantes en los procesos del país y hoy parece haber una apatía? ¿Cuál sería el papel de la Universidad y de la educación en el escenario del posconflicto?

**JLM:** A mí me ha preocupado mucho el autismo de muchas universidades en el proceso. Creo que nosotros estamos viviendo un doble tema y veo a la Universidad muy autista, salvo honrosas excepciones. Uno es en el proceso en sí, que es muy complejo; los cinco puntos del acuerdo y el acuerdo general implican muchas dificultades, desde lo sociológico, lo económico, hasta lo jurídico. Creo que la Universidad, salvo algunas excepciones como la Universidad Nacional, que ha jugado un papel muy importante, o EAFIT, con un papel no tan importante como el de la Nacional, pero que ha estado pendiente de cada uno de los acuerdos, ha estado generando documentos alrededor de ellos, ha estado haciendo investigación sobre los temas de los acuerdos. Pero, por lo general, veo a la Universidad muy distante y eso me preocupa mucho. Pero me preocupa más es lo que viene; a mí no me gusta hablar de posconflicto, prefiero hablar de posacuerdo. Creo que el conflicto no va a desaparecer por una firma en el proceso de La Habana, porque el conflicto es mucho más complejo que la negociación con las FARC. Pero ahí sí la Universidad tiene que tener un papel fundamental. Esta es una gran oportunidad que tiene Colombia, el proceso de paz con las FARC-EP lo veo como una inmensa posibilidad de construir un país en la modernidad y no en la premodernidad en que estamos. Además, hay que mirar cuáles son los grandes retos que trae el acuerdo. Primero, una verdadera misión y vocación de la Colombia rural; Colombia se urbanizó, se pensó desde las ciudades y olvidó que hoy el 22% de la población viven en situaciones del siglo XIX, en el siglo XXI. Entonces, primero hacia el campo. A mí me parece, por ejemplo, que es un síntoma las pocas carreras que en Colombia están dedicadas al campo y a pensar lo rural. Y cuando miro las estadísticas, no solamente del número de programas sino del número de estudiantes, digo: no es posible que Colombia no esté pensando su gran riqueza, en la producción de alimentos, en la conservación de sus recursos naturales en el campo. Entonces me parece que ahí las universidades tenemos que jugar un papel muy importante. Segundo, la reconciliación:

las universidades debemos convertirnos en un epicentro fundamental. Aquí hay un cuadro de Robert Motherwell, el pintor abstracto norteamericano, con el que él termina su serie de la República española, que se llama *Elegía de la reconciliación*. Creo que lo que viene después de la firma del acuerdo es la elegía de la reconciliación. Que los colombianos seamos capaces de construir un país sin olvido, recordando, pero con la gran capacidad de resolver nuestros problemas y de convertir nuestros enemigos en contrincantes o en contradictores. Ahí hay un papel fundamental. Tercero, un modelo económico que permita a las comunidades rurales un desarrollo integral y equilibrado. El solo otorgamiento de tierras no es suficiente, pienso que hay que ir mucho más allá y pensar realmente en unos modelos productivos, o no productivos, como la conservación. El posacuerdo va a generar a este país una posibilidad inmensa de conservación de territorios que son el banco genético de la humanidad y que va a permitir mirarnos de otra manera. Veo también que hay un tema económico. Tenemos que ser muy imaginativos en el posacuerdo, el país no tiene una capacidad fiscal para las demandas, y eso tiene que ver también con el modelo económico que vamos a plantear. El peor error que podría cometer el país, sería irnos a un modelo asistencialista y no a un modelo productivo. Por último, un tema que es tabú, pero que todos tenemos que hablar, es sobre el nuevo papel de las fuerzas armadas y de las fuerzas de policía. Obviamente, no digo que se deben debilitar. Llegué la semana pasada de Centroamérica y la primera lección es que el peor error en un posacuerdo es debilitar las fuerzas armadas y de policía, porque esos espacios los ocupan las transnacionales del crimen inmediatamente. Pero sí pienso que es un papel de nosotros aportar a la discusión sobre cuál es el nuevo papel de las fuerzas armadas en un país en paz. Pienso que en esos cinco temas tenemos un gran papel en el posacuerdo.

E: Usted ahora comentaba sobre el currículo, la importancia de que el currículo también se flexibilice para poder responder a las necesidades de la sociedad. ¿Cómo hacer que esto sea una realidad?, porque muchas veces en las mismas universidades hay unos celos que impiden que temas como lo medioambiental, o temas de paz, o de cultura puedan transversalizar ese currículo.

**JLM:** Ahí hay varios temas que planteas. Uno es el currículo; te voy a dar un dato, de un estudio que se llama “La curva de Stanford”, que plantea cuánto se ha demorado la humanidad en duplicar su acervo de conocimiento. Entre la destrucción de la Biblioteca de Alejandría y la Edad Media pasaron 1.750 años, después se aceleró a 150 años en el siglo XVII y XVIII. En los últimos años, la humanidad ha duplicado su acervo de conocimiento cada cinco años. Los cálculos de Stanford es que en el año 2020, la humanidad duplicará su acervo de conocimiento cada setenta y tres días. Acabo de ver en la Universidad de North Carolina, en la famosa biblioteca Hunt, una gran pantalla conectada en tiempo real con Wikipedia; entonces tú estás viendo en Wikipedia incorporar unos doscientos ítems cada minuto al acervo de conocimiento de la humanidad. Tú puedes estar allí viendo cómo la humanidad está generando conocimiento. Eso para mí implica que hay que repensar completamente el papel de la Universidad, esa que transmite conocimiento. Si la frontera del conocimiento se nos está moviendo cada vez más, entonces el papel de nosotros hoy es entregarles a los estudiantes las herramientas para poder estar al tanto de las preguntas que se está haciendo la humanidad en tiempo real. Por ello los currículos tienen que ser absolutamente flexibles. Hay un proyecto muy interesante llamado Horizon, que es cómo van a impactar las nuevas tecnologías a la educación. Y no se atreven a ir más allá de cinco años, porque estamos viviendo unas transformaciones en la generación y acumulación de información. Pienso que nosotros tenemos que hacer una profunda reflexión de cuál es el papel del profesor hoy. Todavía oigo y me encuentro con un profesor que me dice, “voy a dictar clase”, y yo digo, ¡no puede ser, no puede ser que va a dictar! Porque es la doble connotación, el que dicta y el dictador. No, el profesor es un acompañante de sus alumnos en la aventura del conocimiento. El profesor y la institución educativa dejaron de tener el monopolio de la información, la información ahora está en todos lados. Ahora lo que tenemos que entregarles es herramientas a los estudiantes para continuar esa búsqueda. Lo otro es que es para toda la vida, porque esa herramienta es la que te va a servir. Uno frena y lo dejó el bus de la historia. La Universidad está viviendo unos retos apasionantes. Otro asunto que tenemos que romper es el esquema

de que la Universidad era para una edad de la vida, lo que llamaban los sociólogos la moratoria laboral; hoy, si voy donde un médico que no tiene sino un diploma de hace treinta años, me voy de ese consultorio. Entonces hoy, con la evolución del conocimiento, con la ampliación de las perspectivas de edad de la humanidad, el papel de la Universidad ya tiene que ser para toda la vida. Por eso nosotros tenemos que romper nuestras estructuras clásicas: carreras, etcétera. La Universidad del futuro va a ser muy distinta. Eso en cuanto a la flexibilización.

Lo otro que mencionas son los temas transversales, y sí creo que son fundamentales. Es muy difícil, pero la Universidad que abandone su espíritu humanista, que olvide su papel en la convivencia o las reflexiones sobre la paz es una fábrica de profesionales que necesita la industria, pero eso está más cerca a la capacitación que a la educación, que es para formar seres humanos y no simplemente profesionales.

**E:** Aprender a aprender es el primer aprendizaje básico, que fue a lo que usted se acaba de referir; hay que capacitar es para que aprendan permanentemente, no para que aprendan lo que en un momento determinado se les transmite. Pero vuelvo a una de sus respuestas anteriores, usted habló de que era necesario mantener unos campus universitarios muy vivos, muy activos, como centros de convivencia. Hoy en día, frente a la enorme demanda que hay por educación se ha creído que la solución está en la educación virtual, en la educación hecha a distancia, donde no hay relación entre los estudiantes, no hay relación entre los estudiantes y el profesor. ¿Qué opina usted de ese planteamiento de la Universidad virtual como el mecanismo para resolver el problema de demanda que se presenta hoy día en la educación?

**JLM:** Creo en la virtualidad, pero como un componente de la presencialidad. Creo en los campus bimodales. Sería ilógico de mi parte desconocer el papel de la virtualidad. Lo que estamos viendo ahora en las grandes universidades del mundo que estamos visitando, es un fenómeno muy interesante que se llama pedagogía inversa: lo que antes hacíamos en la casa, ahora lo hacemos en el aula y lo que antes hacíamos en el aula, ahora lo hacemos en la casa. Es decir, hoy un gran profesor en Estados Unidos envía su clase con anterioridad a sus estudiantes, ellos

asimilan y pueden ver cuantas veces quieran el tema que propone el profesor. Hay una cosa que es tremenda: la estructura del aula escolar no cambia hace trescientos años, es exactamente la misma. Ahora hay un gran cambio, donde se pretende que lo que vieron genere preguntas que se resuelven, ya no en la casa, sino con el profesor en unas aulas especiales. Me parece que la virtualidad puede ser muy útil en capacitación para temas muy puntuales y muy concretos, pero no para una vida universitaria. A mí, cuando vienen a pedirme los papás, “ve, aconsejame a fulanito que está muy despistado”, les digo: lo importante no es hacer una carrera, lo importante es la experiencia universitaria. Es que la experiencia universitaria es la que permite la integralidad de la educación. Yo por eso digo, educamos en el aula, pero formamos en el campus. Porque la experiencia universitaria no puede estar reducida a un simple dar clase en el aula, sino que es la posibilidad de la experiencia científica, deportiva, cultural. Entonces la virtualidad no te llena los vacíos, no te llena lo que un campus verdaderamente universitario te puede dar. Entonces lo importante, más que una carrera, es la experiencia universitaria, que es la que te permite la formación integral. Y en un país como Colombia, un campus universitario es el que te permite la convivencia. Por eso, cuando nosotros nos redefinimos, y me perdonan que hable en primera persona, cuando nosotros estábamos haciendo el plan maestro hace doce años, decíamos, bueno y qué somos, cómo nos definimos, pues no tenemos la ambición de ser una ciudad universitaria, no tenemos esos alcances. Por qué no convertimos esta universidad en un parque, por qué no volvemos esto una universidad-parque, que es el lugar donde la gente se encuentra, se enamora, discute. Y lo que estamos tratando de hacer es eso: un lugar agradable donde uno no tenga que salir, sino que sea como decía Waxemberg, el lugar de las grandes conversaciones, que es la Universidad.

E: Usted hablaba ahora de que la Universidad debe producir profesionales responsables. Entendía la responsabilidad como la capacidad de afrontar las consecuencias de las acciones y las omisiones, pero también mirándola desde el punto de vista de la probidad, de la transparencia. Estamos viendo nosotros en Colombia unos procesos de corrup-

ción en el sector público y en el sector privado, usted produjo sobre eso un documento, de los avisados. Por eso es válido preguntarle: ¿Qué está haciendo y qué puede hacer la Universidad, específicamente en el campo de la formación ética, de la formación moral, de la formación responsable de los profesionales?

**JLM:** Usted toca un tema central. Esa urna de cristal nos lleva a creer que la corrupción y la falta de integridad y de transparencia es un tema fuera de la Universidad, y creo que nosotros tenemos que ser sinceros y mirarnos hacia dentro, que el sistema educativo puede hacer parte de esa gran trama que se volvió cultural. Primero, políticas de buen gobierno en la Universidad; desde las más altas direcciones se deben asumir principios de buen gobierno: temas de inhabilidades, de incompatibilidades. Es que yo siempre repito una frase que escuché en Francia: estamos para servir a la educación y no para servirnos de la educación. Segundo, más que clases de ética, pienso que lo que hay que generar, y volvemos a la transversalidad, es en todas las áreas la discusión sobre el dilema ético. Porque el problema es que nosotros estamos todo el tiempo frente a dilemas éticos, y uno para resolver el dilema ético tiene que estar ejercitado, como los deportistas de alto rendimiento tienen que estar capacitados para responder en cualquier momento. Entonces la Universidad en cada aula tiene que generar esa discusión. En ingeniería, qué pasa si en vez de ponerle a la columna una varilla de media pulgada, le pongo una de un cuarto; eso baja costos, pero genera *Space*. Así en derecho, en finanzas. El tema del dilema ético permanente en la Universidad me parece que es fundamental. Más que moralismos –dudo mucho, desconfío mucho de los moralistas–, por eso nuestro programa se llama “Atreverse a pensar”. Primero, atrevernos a mirar la Universidad como un eslabón de la cadena de fraudes. Una de las decisiones que hemos tomado es la misma arquitectura de la Universidad, todos los edificios que construyamos en adelante tienen que ser transparentes. Que el concepto de transparencia sea también un atributo desde la arquitectura, es decir, que todos nuestros actos estén dispuestos a la fiscalización. El tema de la integridad académica, que antes lo veíamos como una picardía, hoy son verdaderas organizaciones criminales. Yo sé de la existencia en la ciudad de organizaciones con más de dos mil clientes afiliados, que cobran entre

cincuenta y cien mil pesos por examen resuelto mediante fotografías de computador. Entonces, simplemente, en un período de exámenes haga usted las cuentas de cien mil por dos mil estudiantes lo que genera. Los últimos certificados de inglés que descubrimos falsos costaban dos millones de pesos cada uno. Cuántos han metido, solo a las universidades de Medellín, de esos certificados falsos. Entonces son verdaderas organizaciones criminales, que nosotros tenemos que abrir también los ojos y mirar. El gran dilema es: las instituciones educativas hacemos parte del círculo de la corrupción, o a través de una política de integridad podemos contribuir a la construcción de una sociedad respetuosa de la norma y con temas de integridad. Por eso a partir de este año, somos parte de la junta directiva de la Organización Mundial de Integridad Académica, porque eso no es solo un problema de aquí, hoy es un problema mundial. En Amazon ofrecen relojes para resolver problemas en las universidades; acaban de generar unos anteojos que permiten tomar la foto y mandarla. Entonces todas las universidades del mundo estamos sometidas a eso, desgraciadamente la gran tecnología lo que ha generado es un recrudecimiento de la falta de integridad en la universidad. Yo sí pienso que es una reflexión permanente, con algo final, las campañas comunicacionales son efectivas para despertar inquietud y conciencia, pero no cambian comportamientos. El cambio de comportamiento es una cosa mucho más profunda, hay que llegar mucho más profundo al alma de cada uno de nosotros para actuar correctamente.

E: ¿Qué ha cambiado en cincuenta años hacia acá en asuntos de educación? ¿Qué hitos pueden ser mencionados?

**JLM:** Uno, la globalización. Hace cincuenta años, cuando nació la Universidad Autónoma, esta era una economía cerrada. Incluso las universidades obedecíamos a un país cerrado, que era autosuficiente. Creo que de lo mejor que le ha pasado al país es abrirse en sus aduanas, pero también en su mente. Me parece que ese es un gran cambio de la Universidad. Pienso que el conflicto afectó sobremanera a la Universidad colombiana; el conflicto llegó y eso impidió que esta, en su momento, pudiera dar las respuestas que necesitaba. Pienso que esa politización de la Universidad rompió ese matrimonio que debe existir entre sociedad

y Universidad. El sector productivo y el sector académico empezaron a verse con desconfianza. Hoy hay muchos mecanismos, como Universidad-Empresa-Estado, donde nos volvemos a encontrar, pero en términos de desarrollo económico, ¡cuánto le costó ese divorcio a Colombia! Indudablemente, hoy estamos en una nueva construcción de Universidad, mucho más ligada a las grandes corrientes de pensamiento de forma inmediata y no tardía, como nos llegaban antes, siempre mediadas por las editoriales. De manera que considero que ha cambiado y, sobre todo, creo que hay una cosa que es valiosísima y es el capital humano que ha construido este país con mucha dificultad, un grupo académico muy respetable. Me parece preocupante, por ejemplo, en términos de doctores, que el 96% de ellos, en Colombia, estén en la Universidad y no buena parte en el sector productivo. Me parece que ahí tiene que haber un cambio fundamental. Me parece que hay luces y sombras, pero soy de los optimistas. Creo que la Universidad colombiana, primero, tiene un capital humano inmenso, que es su gran acervo. Tiene que abrirse más a corrientes mundiales de pensamiento, a más globalización y, sobre todo, a conectarse mucho más con la realidad colombiana, para poder dar las respuestas que necesita la sociedad colombiana.

**E:** Vamos a hacer tres preguntas: una sobre la posición optimista que usted plantea. Otra sobre las humanidades y otra sobre la vigilancia del Estado a la Universidad.

**JLM:** Vamos de atrás para adelante: la vigilancia del Estado. Nosotros vivimos en una tensión permanente de dos principios constitucionales, que son la autonomía universitaria y la suprema inspección y vigilancia. Una de las grandes conquistas de la República Liberal fue quitarle la suprema inspección y vigilancia a la Iglesia y entregársela al Estado; creo que esa fue una gran conquista del Estado liberal colombiano, y por tanto, creo que es un principio fundamental. El tema es ¿en qué área hacer la inspección y vigilancia?, porque estoy de acuerdo en que exista la suprema inspección y vigilancia de los procesos administrativos, pero no de los procesos académicos, porque eso llevaría a control ideológico, que era lo que ocurría en este país hasta el año 1936. Hasta 1936, la Universidad colombiana solo se podía pensar de un modo. Entonces, bienvenido

que nos vigilen, que nos investiguen, pero en las áreas administrativas donde hemos visto que se han cometido también muchas irregularidades. No me gusta una superintendencia, prefiero un ministerio fuerte, que tenga claras sus dos funciones: la de inspección y vigilancia y la de fomento; porque a veces se les olvida que también son fomento.

**E:** Escapando al optimismo fácil y al pesimismo definitivo, ¿cómo ve usted la situación del país?

**JLM:** Con grandes dificultades, pero es que realmente, mientras más dificultades logremos solventar, más avanzamos; no tenemos que temerle a las dificultades. Soy optimista, porque trato de estar permanentemente vinculado con los jóvenes, veo un capital humano inmenso, con unas capacidades que nosotros no tuvimos; mucho más incorporados a las corrientes de la globalización, con una visión internacional mucho más grande, con una aptitud hacia los idiomas mucho más diferente que la de mi generación. De manera que yo, por esa juventud con la que vivo constantemente, creo que tengo razones para el optimismo y que van a ser capaces de construir un mundo mejor del que nosotros les vamos a entregar.

**E:** La fragmentación del conocimiento que lleva a las superespecializaciones, a saber mucho sobre muy poco, es algo que le ha quitado campo de acción al humanismo. Y uno encuentra que se prefiere la ciencia a la filosofía, la técnica a las humanidades, el estudio de la naturaleza y al de la cultura. Entonces, ¿qué hacer frente a eso, para que haya un conocimiento más integral, más global, que no sea simplemente especialización de saber mucho sobre muy poco?

**JLM:** Esa es la gran pregunta de fondo, que tiene que ver con para qué es la educación. Entonces, si tú ves la educación solo desde el punto de vista instrumental, que es entregarle profesionales al sector productivo, estamos, simplemente, teniendo una visión absolutamente instrumental de la educación; pero si nosotros entendemos la educación como el despertar de todas las potencialidades del ser humano, incluida la de ser un buen profesional, estamos hablando de otra cosa. Porque si no, la educación está reduciendo las posibilidades de cada ser humano. Por eso

entiendo la Universidad en un sentido mucho más amplio, porque me parece tan triste que pasemos por la vida sin capacidad de asombro ante el arte, ante los grandes monumentos en la música, en la literatura, en la poesía, que han construido las mentes más brillantes de la humanidad. Que nosotros nos privemos de eso en aras de una formación simplemente instrumental me duele mucho. Me duele mucho no poder disfrutar, y esa es una de las cosas que no entiendo de esta sociedad; nosotros vivimos en una tierra privilegiada, que es vivir en el trópico, en convivencia permanente con todos los pisos térmicos de la tierra. Es que ese es un don que nos dio la naturaleza, y cómo nosotros vamos a pasar por la vida sin poder disfrutar de eso. Entonces es la visión de para qué es la educación, ¿simplemente instrumental, para formar cuadros para el sector productivo; o vamos a formar seres humanos que tengan la posibilidad de disfrutar la vida y de aportarle a la vida?

*José Olimpo Suárez Molano*<sup>4</sup>:

## NOS SOBRAN CURSOS DE ÉTICA

Editores: ¿Cómo ve hoy la educación universitaria en el país?

**José Olimpo Suárez:** Esa es una pregunta muy amplia, porque tendría demasiadas aristas el considerar la educación superior en el país hoy: las aristas administrativas, políticas, académicas, de relaciones internacionales, etcétera. Considero que la educación superior en Colombia es bastante buena, en el concierto de las naciones iberoamericanas. Es bastante buena porque viene de una tradición de estudiosos, de académicos, que últimamente se han visto afectados por la apertura del mercado; el mercado no solamente afecta la producción material de bienes u objetos de consumo, sino que afecta también a la educación superior. A lo que me refiero es a que cada día aparecen más universidades privadas cuya calidad académica deja mucho que desear. En ocasiones, el Ministerio de Educación no tiene la fuerza ni los controles para impedir, modificar o hacer que esas instituciones produzcan buenos resultados académicos. Eso es un efecto del mercado: todo el mundo tiene derecho a montar su universidad y luego a negociar con el Estado qué quiere hacer con esa universidad. Eso ha traído, en los últimos años, crisis en instituciones muy grandes que han puesto en duda no solamente la calidad académica, sino el presupuesto de las familias de la clase media y baja, que son las que acceden a eso, porque el Estado no es capaz de cubrir las necesidades de la educación superior pública.

**E:** En esa globalización en la que entra la educación, ¿cuáles son esos retos o dificultades a las que nos estamos enfrentando hoy las universidades?

**JOS:** De igual manera, son muchos los factores que hacen que a partir de la globalización la educación superior tenga que enfrentar retos, problemas, temas, asuntos extremadamente complejos. Yo me muevo básicamente en el dominio de las Ciencias Sociales, incluido el Derecho.

<sup>4</sup> Coordinador Académico de la Maestría en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Entrevista realizada el 13 de junio de 2016. El texto conserva el tono coloquial de la conversación.

El primer reto que le ha puesto la globalización a la educación superior en Colombia es el bilingüismo, nosotros somos una sociedad no bilingüe, una sociedad de tradición no bilingüe. Todos, creo, nos formamos en una sociedad en la cual solamente hablamos español, con muy pocas excepciones. Los que por el azar tuvimos la posibilidad de ir a estudiar a Europa o a los Estados Unidos, pues aprendimos algo de inglés, de francés, o un poco de alemán. Pero la inmensa mayoría de nuestros profesores, son profesores en español. Es una tradición, no es ni bueno ni malo, el asunto moral no entra aquí, sino el asunto intelectual. Ese es el primer gran reto: tenemos que abrirnos a las lenguas y a las culturas diferentes a la nuestra. Pero no es ningún misterio, el inglés es la *Koiné* de nuestra época, es la lengua dominante. Así como lo fue el griego en su momento o el latín. Hay que saber inglés. Pero igual, hoy tenemos aquí al lado, en el vecindario, a Brasil que habla portugués, y si uno mira cuántos estudiantes de educación superior, en lo que a mí respecta y conozco, son muy pocos los que se ocupan de ese idioma. Y se nos vino no solamente el inglés, sino el chino, y ese sí que va ser otro problema gigantesco para las nuevas generaciones, para los nuevos administradores, para las nuevas políticas universitarias. Si usted me permite, diría que el gran reto es que las Ciencias Sociales y el Derecho cambiaron la epistemología y todavía parece que no nos diéramos cuenta. Las facultades de Derecho de nuestro país siguen todavía presas de la vieja tradición, en la cual nos formamos todos, que es el *Civil Law*, la tradición grecorromana, que es la herencia de nuestro cristianismo, no hay que ponerse con misterios: eso somos nosotros, *Civil Law*, o tradición grecorromana del Derecho; principios, norma y aplicación. Pero lo que estamos viendo hoy en el mundo es cómo ese *Civil Law*, la tradición grecorromana, está siendo duramente desplazada por el *Common Law* anglosajón. La tradición nueva, la tradición pragmatista, la tradición de efectos, la tradición donde los principios no son importantes, lo que es importante son los efectos, los acuerdos, los pactos, lo que hay que tener presente. Tómese el caso de La Habana. Muchos creemos todavía que la justicia es el mayor de los bienes, que ese es el *Civil Law*, ese es el cristianismo. Para el *Common Law*, la justicia no es sino un efecto de la paz, y entonces lo primero es la paz, después veremos qué hacemos con la justicia; ese es el *dictum*

del nuevo Derecho. Usted lo habrá visto, que lo trajo el señor Rector de la Universidad Externado de Colombia, el doctor Henao. Habrá tanta justicia como la paz lo permita. Entonces son dos mundos gigantescos contrapuestos, pero en definitiva el que está hoy primando es el *Common Law*, la tradición anglosajona del Derecho pragmático, donde sí puede haber principios, pero no hay principios sobre los cuales fundar un criterio sobre la justicia; no hay sino intereses y los intereses es lo único que prima. Que podemos llegar a acuerdos sobre esto, listo, pues sobre eso haremos los tratados de paz o los de comercio o los tratados de lo que uno quiera en Derecho y en Ciencias Sociales. Por eso este ambiente un poco enrarecido, en el cual las Ciencias Sociales y el Derecho en particular, se mueven hoy en nuestro país. Hay una gran tensión entre esas dos tradiciones, y eso crea conflictos muy duros. Quisiera recordar que en Colombia, hasta donde veo, un buen ejemplo de esta confrontación está dada por el doctor Diego López de la Universidad de los Andes, que es el gran representante del nuevo Derecho, de la nueva Ciencia Social; y el doctor Javier Tamayo, de la Universidad Pontificia Bolivariana, que es defensor de la tradición, del Derecho tradicional. Ellos han participado, tanto en Medellín como en Bogotá, en una serie de eventos muy interesantes, de confrontaciones, ya existen documentos, tanto el doctor López como el doctor Tamayo han escrito sus posiciones en textos muy inteligentes; pero es una confrontación muy dura. No habrá ni vencidos ni vencedores por la sencilla razón de que son discursos que no tienen epistemológicamente un criterio de validación.

E: Hay una relación indiscutible en el campo de la política y la educación, y es la relación política, educación y tecnología. ¿Cómo era antes esa relación y cómo se ve hoy frente a las exigencias y los tratados de la educación? Tratado de Bolonia, por ejemplo, que no exige una mejor productividad en el conocimiento, la relación del conocimiento en el mercado, que ha sido un poco compleja, porque apenas estamos entendiendo esa relación, sobre todo en el campo que más exige hoy la Universidad colombiana, el de la investigación. ¿Cómo ve usted ese panorama?

JOS: Ese es otro tema apasionante y complejo. Déjeme poner unas pequeñas anécdotas que nos ilustren o ilustren a los lectores jóve-

nes de estos asuntos. Cuando ingresé como docente a la Universidad de Antioquia, allí no había doctores y en Medellín no había ningún doctor. Ninguno en la clasificación de licenciado, maestría, doctorado. Estaban llegando algunos con maestría de Estados Unidos, de la Alianza para el Progreso, que había permitido algunas becas para docentes universitarios, pero no eran muchos. Recordemos: hoy el índice de doctores en las universidades colombianas es muy bajo, en comparación, por ejemplo, con Brasil, México o Argentina.

Mi experiencia como docente de la Universidad de Antioquia, de la querida Universidad Autónoma Latinoamericana, así como de la Bolivariana de Medellín, me permite tener algunos criterios más o menos dados sobre eso, porque me tocó vivir toda esta época. Luego de los grandes movimientos ideológicos de los años sesenta y setenta, de la izquierda, las aguas se fueron atemperando, se fueron calmando y se retomó la idea de que la Universidad tenía que liderar el desarrollo económico, social, político, etcétera. Empiezan a aparecer los proyectos de especializaciones y maestrías. Grupos de docentes universitarios de Medellín nos fuimos reuniendo, todos éramos de alguna manera amigos, conocidos y nos fuimos uniendo. Empezamos a hacer propuestas, se crea el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, que ha liderado mucho el movimiento de posgrados de Medellín. Y a comienzos de los años noventa, hubo un grupo de académicos de la Universidad de Antioquia y la Universidad Autónoma Latinoamericana; nos reunimos y empezamos a hacer una propuesta para hacer una especialización en Derechos Humanos. Todavía ni siquiera utilizábamos el concepto Derechos fundamentales. Esto se dio por un efecto político; la Constitución de 1991 se funda en los Derechos fundamentales o Derechos Humanos, Artículo 1. Y entonces, tanto la academia de Derecho, como de Ciencias Sociales, nos preguntamos: ¿Sí sabemos de Derechos Humanos, que es la gran teoría dominante de nuestra época? La respuesta sería fue: no, no sabemos, tenemos que ponernos a estudiar. Una pequeña digresión: Derechos Humanos, curiosamente, había sido una teoría defendida por el Partido Conservador en Colombia y por la Iglesia Católica. Esas fueron las dos instituciones que todo el tiempo mantuvieron la idea de Derechos Humanos en los años sesenta y setenta.

Ya en los noventa, empezamos a apropiarnos de la teoría de los Derechos Humanos, y tal vez el mejor ejemplo fue el de la Universidad Autónoma Latinoamericana, que inicia un proceso de especialización en Derechos Humanos dirigido básicamente a docentes de primaria y secundaria, con mucho éxito. Eso nos obligó a muchos a estudiar duramente, a aprender. Con tanto éxito, que fue replicado en la Universidad del Valle, en universidades como la de Cúcuta, vinieron profesores, estudiaron el currículo y lo aplicaron en sus regiones haciendo los ajustes pertinentes. Ese fue un momento muy importante en este proceso de formación de posgrados. Posteriormente, vuelvo al Instituto de Filosofía. La Universidad de Antioquia hizo algo muy importante: fue abrirse a una política de estudios de posgrado, no solamente en el Instituto de Filosofía, sino en matemáticas, en física, en ingeniería. Por eso la Universidad de Antioquia tomó ese liderazgo, se adelantó y su cuerpo docente tiene hoy un número apreciable de docentes con maestría y doctorado.

La segunda obviamente fue, si ya tenemos un buen número de especialistas, sobre todo en el área de la pedagogía, pues abrámonos a las maestrías. Hubo propuestas de crear maestrías, se crearon y, posteriormente, los doctorados que actualmente empiezan a florecer en el país. Todavía somos muy pocos, todavía muy limitado el número de doctores. Pero ya viene una generación que se ha ido profesionalizando y que hace propuestas muy interesantes sobre la calificación de los docentes sobre posgrados. Probablemente, con el posconflicto se tendrán que modificar muchos aspectos de la educación superior y abrírnos, ojalá, a nuevas corrientes de pensamiento, de estudios de posgrado.

E: En ese mismo contexto de las Ciencias Sociales, y sobre el papel que pueden jugar actualmente, uno ve por ejemplo que a veces convocatorias de Colciencias, o convocatorias para investigación, favorecen más a proyectos que están más en relación con otras áreas del conocimiento, pero no tanto con las Ciencias Sociales. Digamos que ha sido una queja recurrente en universidades como la de Antioquia y en otras que tienen tanta amplitud de programas, donde los presupuestos también van direccionados a favorecer el desarrollo de la investigación en otras áreas, y ahora nos viene un proceso de posacuerdo. ¿Cuál sería ese nuevo papel de las

Ciencias Sociales, o qué tenemos que hacer los que trabajamos desde ahí para que esto cambie, para que incluso cambien los presupuestos, y que haya un mayor apoyo para las Ciencias Sociales en Colombia?

**JOS:** Quisiera partir de esta idea, de estos temas tan interesantes que usted está planteando y que estamos tratando de ilustrar en particular para las nuevas generaciones. Soy pesimista. Soy muy pesimista, les voy a decir por qué: voy a utilizar los conceptos de Habermas. La tensión entre el mundo de la vida y el sistema es cada vez mayor en la globalización. Las Ciencias Sociales, normalmente, se ponen del lado del mundo de la vida, y las ciencias duras, las ciencias básicas, las ciencias empíricas se ponen del lado del sistema. La tensión en Colombia ha sido muy fuerte. Tal como usted lo señala, el Estado ha sido proclive a apoyar las ciencias básicas, el desarrollo de las tecnologías. A las Ciencias Sociales les ha tocado pelear duro por defender sus dominios, solicitar apoyo y ser productivos en ese domino. ¿Por qué desafortunadamente soy un poco pesimista con lo que pueda venir después del posacuerdo, según el concepto de las FARC? Colombia no tiene con qué financiar el posacuerdo tal como está diseñado actualmente, la única posibilidad es que la comunidad internacional lo financie, es la única posibilidad a mi entender. Y la comunidad internacional va a financiar el posacuerdo generosamente. La Unión Europea, que tiene muchos problemas; Norteamérica, que tiene muchos problemas; China, que podría ayudar, pero con intereses imperialistas, permítame lo digo con todas las letras. Podrían financiar el posacuerdo, pero no se van a poner a financiar estudios ni de pedagogía ni de sociología ni de filosofía ni de antropología... Nada, ciencias puras, ciencias extractivas, tecnologías, desarrollo minero, energético. Allá irá el financiamiento internacional. Mi opinión, que es un poco contraria de la idea de la política correcta, que soy un poco pesimista, lo repito. Los posacuerdos nos van a llevar es a un financiamiento que tiende al sistema, no al mundo de la vida.

**E:** Nuestra sociedad tiene diversos casos de corrupción, y cuando pensamos en quiénes son los corruptos y de dónde vienen, también nos damos cuenta de que son profesionales y que han egresado de universidades. ¿Cuál cree usted que es el papel de la Universidad en la formación ética de profesionales para el mundo?

**JOS:** Buena pregunta, ese es un tema absolutamente pertinente. Enfoco ese asunto de la siguiente manera; voy a utilizar un concepto que Planeación Nacional introdujo a comienzos de los años setenta en la discusión en Colombia, con variantes, no es el mismo concepto que utilizó Planeación en esa época, y es el de los cuatro jinetes del apocalipsis colombiano, para tratar de caracterizar la situación colombiana. Retomo la metáfora de los cuatro jinetes, con dos variaciones. Para mí, los cuatro jinetes hoy, casi cuarenta años después de que Planeación introdujera ese símil, son: en primer lugar, la corrupción administrativo-política. En segundo lugar, el narcotráfico, o sea, el delito internacional, el crimen internacional. Hoy podríamos decir que no es solamente el narcotráfico, sino el tráfico de personas, de armas. En tercer lugar, la subversión, una tradición de violencia en el país que todavía no acabamos. Los sociólogos han hecho ingentes esfuerzos por explicarla, por ponerla en claro y no hemos podido. Una tradición de violencia, de muerte, de agresión entre los colombianos. Y, finalmente, un diseño económico injusto, un diseño capitalista bastante injusto. Esos son los cuatro jinetes del apocalipsis que nos tienen sometidos a una situación muy desastrosa, moral, política y judicial.

La pregunta por las responsabilidades éticas de la academia en relación con el Estado colombiano tienen que pasar por lo que hacemos los académicos: que de vez en cuando o cada cierto tiempo nos reunimos, discutimos, volvemos a plantear posibilidades. No. Déjeme decirlo de esta manera: tenemos suficientes cursos de ética en todas las universidades. Nos sobran cursos de ética. Muy bueno, pero es que uno se puede saber los diez mandamientos y ser el peor cristiano del mundo; podemos sabernos toda la declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas del 48 y ser violentos, ser agresivos, ser malucos y violar los Derechos Humanos como si nada. No, no basta con recitar códigos y criterios y declaraciones de buena voluntad. Tiene que haber un movimiento, tiene que ser un movimiento cultural muy fuerte en el cual la educación superior lidere un reconocimiento moral muy fuerte en la nación colombiana. Pero no es problema de la educación superior. Déjeme poner otra vez un poquito la historia en términos anecdóticos. La mayoría de los profesores jóvenes de las universidades, y probablemente la mayoría de los que nos lean hoy en Medellín sean jóvenes, nacieron después del año 1975.

Déjeme le cuento esta historia y algún día, probablemente, muchos de los jóvenes que hoy empiezan sus estudios universitarios, escribirán la historia de Medellín; tanto la historia literaria, o sea, la narración de la vida de Medellín, como la historia sociológica, económica. Yo viví una época en la que un narcotraficante obligó a una ciudad como Medellín al toque de queda. Nosotros nos teníamos que ir a la casa a las ocho de la noche, por cuenta de don Pablo Escobar. Él dijo: a las nueve de la noche no puede haber nadie en la calle... Listo, no había nadie en la calle. La ciudad se murió durante tres años, ¡se murió! Además, murieron yo no sé cuántos policías por cuenta de este señor, de este delincuente tan terrible que vivió, que marcó nuestras vidas y marcó el ser moral de Antioquia y de Colombia, tanto que permítame, con todo respeto, todavía vivimos una cultura del narcotráfico. Ojalá podamos superarla, ojalá podamos salir de esta situación, se han hecho esfuerzos, ¡pero, cuidado!, tampoco es que todos seamos los malos de la película. En esa época en que Pablo Escobar prácticamente dominó la vida política y cultural de Medellín y de Antioquia, todos empezamos a hablar: pero cómo es posible que Antioquia la cristiana, Antioquia la buena, Antioquia la de los abuelos se haya vuelto esto, el mundo del horror que fue la guerra contra el narcotráfico.

Había que echarle la culpa a alguien, siempre todas las sociedades buscarán un culpable, un chivo expiatorio, hay que buscar rápidamente para poder ir saliendo de los conflictos. ¿Qué hacer? Le echamos la culpa a los maestros, a la educación. La culpa la tenían los maestros, había que volver a educarlos, porque los maestros eran los que habían dejado que las nuevas generaciones se volvieran corruptas, narcotraficantes. Durante mucho tiempo, los maestros de primaria y secundaria cargaron con ese *inri*, con esa culpa. Ellos eran los que de alguna manera no habían cumplido con su papel y había que reeducarlos. Por eso hubo tantos cursos de ética y de moral para los maestros, porque había que echarle la culpa a alguien. Creo que la culpa iba por otro lado, pero en esa época fue así.

Volvamos al presente. Las nuevas generaciones van a tener que hacer un esfuerzo gigantesco para liderar movimientos morales, éticos, culturales, que hagan que las nuevas generaciones sientan que no tienen por qué cargar con las culpas del pasado. Eso es un criterio fundamental para salir del atolladero moral de las sociedades, cuando las nuevas ge-

neraciones dicen: no tengo por qué cargar con los delitos, con las culpas, con el mal que viene del pasado. El mal que viene de los partidos políticos tradicionales, de la guerrilla, de una guerrilla infantil, de una guerrilla inmoral, de una guerrilla narcotraficante. Cuando la subversión se vuelve narcotráfico, uno le puede poner todos los criterios que quiera, hasta el de conexidad; pero ya son bandoleros, son delincuentes, cuya riqueza está manchada moralmente. Solo cuando las nuevas generaciones arranquen a criticar ese modelo moral, empezaremos a salir del atolladero. Mientras tanto, sigamos dictando cursos de ética, pues de cualquier manera hay que hacerlo, pero será un esfuerzo muy grande el que nos saque del atolladero moral.

**E:** Siendo consecuente con sus anteriores intervenciones, ¿cómo ve la evolución de la Universidad en los últimos cincuenta años?, ¿cuál es su perspectiva?

**JOS:** Soy de una generación muy afortunada. Ingresé relativamente joven como docente a la Universidad de Antioquia, me jubilé allá mismo. Pero mi vida académica y profesional se formó en estos cincuenta años, se ha desarrollado a la par con otras dos instituciones muy queridas para mi formación, para mi espíritu: la Universidad Autónoma Latinoamericana y la Universidad Pontificia Bolivariana. Pertenecer a la Universidad de Antioquia durante treinta y cinco años es un motivo de orgullo gigantesco para mí. Pertenecí a la generación que fundó el Instituto de Filosofía, que es un hito nacional dentro de los estudios de educación superior; pero a la vez no es menos motivo de orgullo el hecho de que por el azar, un día un grupo de docentes de educación, se hubiesen desplazado a la Universidad Autónoma Latinoamericana, que venía de un período de mucha agitación política. Este nuevo período lo encabezó el doctor Jairo Uribe, quien tomó en sus manos a esta universidad hacia los años 1975 o 1978, más o menos, y empezó un proceso de estabilización. No era la única Universidad que había tenido conflictos ideológicos fuertes en aquella época, es que toda América Latina estuvo marcada por el enfrentamiento ideológico. El enfrentamiento ideológico básico era a tres bandas, tal como lo veo: el maoísmo, el estalinismo y el capitalismo. Era un enfrentamiento muy duro, de ahí nacieron las FARC, el EPL, el

ELN, los grupos indígenas, el M-19, en el marco de esa gran confrontación ideológica. Las universidades latinoamericanas, no solamente las de Medellín, las de Latinoamérica vivieron ese enfrentamiento político durísimo, tremendo.

Luego vinieron las épocas de las dictaduras, de las represiones violentas. Fue un período de una gran agitación ideológica y todas las universidades: la de Antioquia, la Autónoma, la Bolivariana lo vivieron. Esa fue la época en la que se cerró Sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana. Fue la época de cierres de las universidades durante un año. Pero hacia la mitad de los setenta, las aguas empiezan a bajar, la tensión empieza a bajar y las universidades empiezan a recomponerse. En particular, la Universidad Autónoma Latinoamericana retoma su vieja tradición que ha sido siempre la de ser una institución al servicio de las clases menos favorecidas de Medellín y de Antioquia. Llegué con otros colegas de la Universidad de Antioquia a la Facultad de Educación de la Autónoma; era nocturna, por eso podíamos ir. Al comienzo no tuvimos salario, se nos pidió una especie de solidaridad intelectual, académica, de la mano de Alberto González, alma bendita. Él era el Director de Historia de la Universidad de Antioquia. Él fue el que nos llevó, y durante un año estuvimos trabajando muy informalmente, no teníamos contrato fijo. Pero se empezó de nuevo a estabilizar la Facultad de Educación, y creo que hacia finales de los años setenta ya la Autónoma se estabilizó totalmente; así empiezan a haber contratos laborales normales, consejos académicos y superiores normales, y un gran espíritu académico, a producir revistas, a hacer encuentros. Pero eso tampoco fue solamente de la Autónoma, fue de la Universidad de Antioquia, e incluso de Bolivariana. Fue un período muy interesante, muy bonito. Ya en los ochenta hay una estabilidad más o menos fuerte de las universidades.

El otro período que va a venir muy interesante, va a ser el proceso de la Constituyente. Las universidades de Medellín se movieron a partir de la famosa convocatoria estudiantil de la Universidad del Rosario de Bogotá, para crear la Séptima papeleta, un movimiento universitario para hacer reformas constitucionales. La papeleta, que recuerde, no era para crear una Constituyente, pero luego, cuando la Corte Suprema de Justicia le da el aval, se convierte en un proceso constitucional. Un gran

movimiento nacional. Y si usted me lo permite, con pequeñas anécdotas, el líder intelectual que se opuso a la Constituyente fue el doctor Carlos Gaviria Díaz. Él fue el líder que se opuso total y radicalmente a que hubiese una constituyente. Incluso después de la Constituyente, el doctor Gaviria se opuso duramente a la nueva Constitución. Posteriormente, él cambió su perspectiva y, bueno, la Constitución es interesante, quedó basada en los Derechos Humanos. Eso es historia; analícenla, búsquenla y verán que todos tenemos nuestra historia, porque no es la historia de los buenos ni de los malos, es la historia de los intelectuales y de los que hemos participado en la vida cultural de Medellín y Antioquia.

Luego de la Constitución del 91, recordémoslo, al cambiar la Constitución, el derecho tiene que cambiar. La gran crítica al derecho fue que los profesores no sabían de qué se trataba cuando hablábamos de derechos fundamentales. Y no sabíamos, hay que reconocerlo. Hay un discurso muy bonito del profesor Tulio Chinchilla, en la Universidad de Antioquia, cuando se le dio una distinción al profesor Carlos Gaviria por su nombramiento en la Corte Constitucional, él muestra toda la historia de ese momento, del 91 en adelante. Cómo las facultades de derecho se resistían a entender que la nueva constitución obligaba a los viejos profesores de constitucionalismo a cambiar la perspectiva.

Con una pequeña anécdota; las anécdotas ayudan porque ilustran y quitan un poco la aridez al discurso académico. No recuerdo si es Tulio Chinchilla el que nos dio esa famosa imagen: antes del 91 no había Corte Constitucional, lo que había era la Corte Suprema de Justicia, y en esta había una salita que se llamaba la Sala Constitucional, era la de los viejitos. Unos señores muy ilustrados, donde la gente no quería ir. Se sabían la Constitución del 86 de memoria, las modificaciones de 1910, del 36, los intentos de Carlos Lleras y de Alfonso López por cambiarla. Pero era una salita chiquita, era un grupo de juristas muy prestantes, pero su función era mínima. Era cuando el gobierno les pedía un concepto sobre algún artículo, o sobre algún tratado internacional. Pero su trabajo era mínimo.

A partir del 91 eso cambió. Empezando porque hay una corte que de alguna manera es superior a la Corte Suprema de Justicia, así los juristas digan que no, que están en igualdad de condiciones; no, la Corte Consti-

tucional aparece como la Corte guardiana de la Constitución. Y la Corte Constitucional, en los primeros años, empieza a introducir conceptos novísimos al derecho tradicional, al derecho constitucional. Introduce al gran filósofo alemán Kant, y su idea de la dignidad del ser humano; eso no lo estudiaban en las facultades de derecho. Viene la primera Corte hasta el 93, que es una Corte tentativa, muy todavía de abogados tradicionales. Pero en el 94 va a aparecer la Corte Constitucional dura, donde va a estar Carlos Gaviria Díaz y van a estar los duros de la filosofía del derecho. Esa es la segunda Corte, que va del 94 al 2000. Esas son las sentencias extraordinarias que hay que leer. Todas se consiguen, para los que van a leer esta intervención mía tan larga, simplemente es entrar a la página de la Corte Constitucional.

Ya en el 2000, de nuevo la Corte Constitucional empieza a politizarse, ya las cosas no empiezan a ser tan filosóficas, y si ustedes me lo permiten, la última Corte, la del 2010 en adelante, son Cortes politizadas; la Corte Constitucional es una Corte politizada, ahí no hay filosofía del derecho, ni hay nada. Hay grupos, intereses. Estamos en junio de 2016, una Corte Constitucional donde hay un magistrado *Sub Judice*, y allá está. Toma decisiones, y se supone que las decisiones de la Corte Constitucional son las más importantes de un país de derecho. Y hay otro de apellido Rojas que llegó en medio de un escándalo judicial, penal. Mírenlo, no son ficciones mías. Entonces todo esto, todos esos movimientos en la cúpula del orden legal y político del Estado, afecta el mundo de las Ciencias Sociales y afecta el mundo del Derecho. Hemos tenido que movernos en estas direcciones, hemos tenido que ir aprendiendo. Unos más, unos menos. Unos con más ánimo. Pero todo eso marca el mundo de la educación superior en los últimos quince años.

*Jorge Alberto Ramírez<sup>5</sup>:*

## EN COLOMBIA TENEMOS DOS PAISES

**Editores:** en su libro *Las ideas en la guerra*, usted hace hincapié en que Colombia vive una guerra más que un conflicto. ¿Cómo entiende usted la guerra que se ha librado en Colombia y por qué cree que es conveniente superar esta situación?

**Jorge Giraldo:** En Colombia, en el siglo XX, vivimos tres guerras que fueron las más devastadoras que ha tenido el país en doscientos años. Dos del signo tradicional, entendidas como guerras que estaban muy informadas por las diferencias entre los dos grandes partidos que de alguna manera colonizaron el pensamiento y las emociones de los colombianos: la Guerra de los Mil Días y la de mitad de siglo; siendo la de mitad de siglo una guerra muy desordenada, hasta el punto que la conocemos con ese nombre tan ambiguo de 'La Violencia'. Y la última guerra, una guerra inédita en Colombia, pero relativamente común en el espacio latinoamericano y en algunas zonas de Asia; una guerra revolucionaria, desarrollada por organizaciones de corte leninista o castrista, que querían acceder al poder por las armas. Lo que he sostenido es que Colombia ha sido el único país donde esa situación se prolongó por una situación de, primero, debilidad del Estado; segundo, una imprevisión en la dirigencia política; tercero, el factor narcotráfico, que sin duda fue muy importante, no solo desde el punto de vista económico, sino debido a la inestabilidad que generó en el país y que fue aprovechada no solo por los grupos insurgentes, sino también por agrupaciones paramilitares u organizaciones armadas del narcotráfico. Colombia es una anomalía en el mundo occidental, o por lo menos en el continente americano, y superar esa situación de conflicto armado es imprescindible para cumplir con unas tareas muy exigentes que tiene el país, tales como llevar el Estado a todo el territorio, de proveer los bienes básicos al conjunto de la población, empezando por los bienes de la seguridad y de la justicia, que son los más importantes; y dedicarse de lleno a las tareas que exige

---

<sup>5</sup> Decano de la Escuela de Humanidades de la Universidad EAFIT. Entrevista realizada el 26 de julio de 2016. El texto conserva el tono coloquial de la conversación.

el desarrollo en el mundo contemporáneo. Por decir lo menos, las metas que se definieron en la agenda pos 2015, en los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Entonces, creo que el país sí tiene que hacer un esfuerzo muy grande por voltear la página y ponerse de cara al futuro. En Colombia, la violencia política ha sido un lastre y usted mencionó mi libro, donde sostengo que el tema de la violencia política no es una responsabilidad exclusiva de las organizaciones de izquierda armada, sino que infortunadamente, la violencia política ha sido un recurso excesivamente habitual en el país. Es asombroso que en una situación de tanto desorden como Venezuela, en el 2015, hayan tenido unas cifras de violencia política muy inferiores a las colombianas, que ya estábamos en proceso de negociación con las FARC y en proceso de acercamiento con el ELN.

**E:** Usted habla de anomalías, de que Colombia es una anomalía en Latinoamérica. Y efectivamente así es, porque todos los países donde hubo levantamiento subversivo, cuando cayó el Muro de Berlín, prácticamente desaparecieron. El nuestro se pudo mantener debido al narcotráfico. Pero vale la pena preguntar por qué en Colombia esa anomalía; pues a pesar de estar en la guerra, el país siguió creciendo, mantuvo un crecimiento económico muy alto y resolvió muchos de los problemas que ahora hay que profundizar en su evolución: mejoró la educación, mejoraron las condiciones de empleo... en fin, Colombia, a pesar de esa violencia, a pesar de esa guerra, fue un país que siguió creciendo. ¿Eso no resulta algo anómalo y qué explicación merecería?

**JG:** Creo que la explicación está en la fragmentación del país. Simplificando mucho, uno puede decir: en Colombia tenemos dos países; tenemos un centro que es bastante moderno, con una economía de mercado relativamente extendida y con avances asombrosos. Creo que los avances colombianos son asombrosos, sobre todo en los últimos cincuenta años, en medio de un desbordamiento muy grande, como fue un proceso de urbanización muy acelerado y en medio de contingencias bastante dramáticas, el conflicto armado es uno, pero el desafío que introdujo el narcotráfico armado fue otro, la crisis de los partidos políticos. En fin, todo este cambio tan grande que hemos presenciado en el mundo y que en Colombia se ha dado a unas velocidades mucho mayores. Considero que lo que explica

eso es la fragmentación. Hay un estudio reciente que se hizo en la Universidad de los Andes, un estudio regional que muestra que las diferencias de indicadores sociales entre los departamentos de Santander y Chocó, son mayores que las diferencias que existen entre Chile y Haití. Entonces esa fragmentación es la que explica esa anomalía; uno encuentra muchos visitantes extranjeros que dicen: *“hombre, si ustedes con esta guerra y con estos problemas que han tenido de narcotráfico y demás, lograron tener la economía más estable de América Latina en los últimos cincuenta años, con crecimiento positivo...”*. Usted me corregirá, pero la inflación más alta que hubo en Colombia fue a principios de los años ochenta, del 32%. Mientras hubo países como Perú, Argentina, Brasil, que tuvieron inflaciones que superaron los cuatro dígitos. Creo que la explicación está allí, en el agregado, y teniendo en cuenta que el 70% o más de la población vive en este centro moderno. Pero la desigualdad entre las regiones, entre el centro y la periferia nacionales, y los centros regionales y sus periferias, es enorme. En el agregado, Colombia mantiene unos datos asombrosos. Hace poco se publicó un informe sobre los cambios en la estatura de los habitantes de todos los países del mundo, y uno encuentra que Colombia es de los países donde hubo mayor crecimiento.

E: ¿Ese es un indicador de progreso?

JG: Sí, la estatura es un indicador de progreso, porque es un indicador de salud, nutrición, educación. Y la otra buena noticia es que en un siglo, las mujeres crecieron más que los hombres en Colombia. Entonces por donde se mire, uno ve que Colombia ha tenido unos progresos muy grandes. Creo que el gran problema es esa fragmentación. Tener regiones más atrasadas que Haití y otras que pueden estar a niveles de países como Chile o Uruguay. Y eso lo vemos también en lo micro. En temas de seguridad, por ejemplo, con datos del 2015, nosotros cogimos las tasas de homicidios por comunas en Medellín y mostramos que, por ejemplo, la comuna 14, El Poblado, tiene una tasa de homicidios inferior a la de Boston Massachusetts. La comuna 1, Popular, tiene una tasa de homicidios inferior a la de Miami; pero tenemos comunas como la 10, La Candelaria, o la 13, San Javier, que tienen tasas de homicidios similares a la de Honduras, que es el país más violento del mundo. Entonces creo

que esa fragmentación sigue siendo la explicación de esas paradojas colombianas. En parte, lo que el profesor Fernán González llama *presencia diferenciada del Estado* explica eso.

**E:** ¿Cómo sale librada la clase política colombiana dado ese enfoque? En una visión de largo plazo.

**JG:** En una visión de largo plazo, tiendo a ser optimista. Creería que hoy tenemos un problema muy serio con la clase política, porque fenómenos como el del clientelismo, la corrupción, el hecho de que las agrupaciones políticas sean concebidas más como unidades de negocios, que como lo que deben ser: agregación de intereses, creo que nos plantean preguntas muy difíciles acerca de lo que viene para el país. Pero a mí me parece que el balance global del desempeño de la clase política colombiana, en los últimos cincuenta años, es muy positivo. Soy de los revisionistas del Frente Nacional, pues creo que el Frente Nacional cumplió unas tareas muy positivas: en pacificación, en democratización, en provisión de bienes sociales. Tuvimos muchas dificultades para hacer reformas desde 1976 hasta 1989, que fracasaron tres o cuatro intentos de reformas constitucionales importantes, hasta la última de Barco. Pero se encontró la manera de hacer una cosa tan importante como la Asamblea Constituyente de 1991, que ahora está cumpliendo veinticinco años. A pesar de lo que vino después de la Asamblea, que fue un escalamiento mayor del conflicto, las reformas que se hicieron durante la Constituyente y después durante el gobierno del Presidente Gaviria, tuvieron un impacto muy positivo; la cobertura en salud se puso por encima del 90%, la cobertura en educación muy cercana al 100%. Entonces yo diría que el balance global en cincuenta años de la clase política es muy positivo. También hay que decir que si el país está en guerra no ha sido solo por imprevisión de la clase política, es que el sistema político colombiano les ofreció a las FARC y al ELN múltiples oportunidades de negociación; en los años 1982, 1989, 1991-1992, en 1999. Incluso en el segundo mandato del Presidente Uribe se hicieron gestiones. Entonces, creo que buena parte de que esto se haya prolongado no es solo responsabilidad del régimen político y de la clase dirigente, sino también de una guerrilla excesivamente obstinada, radical, que incluso mereció una crítica muy dura de Fidel Castro en el último

libro que le conocemos, un libro que publicó en el 2008 que se llama *La paz en Colombia*. Entonces, en general, creo que la clase política tiene esos resultados para mostrar, ahora hay unos nubarrones, pero uno esperaría que hubiera capacidades endógenas de renovación y de superación de los problemas que vive actualmente la política colombiana.

E: ¿Cuáles serían los remedios para esos males?

JG: Hay un primer asunto crucial que es la corrupción. En el régimen político hay que asumir con seriedad las medidas necesarias y conocidas para combatir la corrupción. Acabo de revisar el informe que publicó la comisión Engel en Chile, una comisión designada por el gobierno de Michelle Bachelet para el tema. Es un informe de 250 páginas, que no tiene nada novedoso. Son una variedad de mecanismos que conocemos y no hemos puesto en práctica, no hemos introducido ni en la ley, ni en los dispositivos institucionales. Y una parte de eso se debe a la falta de consciencia y de voluntad política de la dirigencia. Creo que ese es el principal reto que tiene el país, esa es la principal amenaza de esta época; hace años es un problema mayor que la guerrilla e incluso que el del narcotráfico, porque considero que si el régimen político tuviera un blindaje un poco mayor, la solución de estos otros problemas sería más expedita. El otro tema importante es el que tiene que ver con la renovación de las maneras de hacer política, que pasa por una renovación en los liderazgos. El país ha venido viviendo la emergencia de nuevas opciones políticas, sobre todo en el nivel local; en Colombia tenemos una democracia local mucho más viva y mucho más cercana al ciudadano. De hecho, las encuestas de opinión, los estudios sobre cultura política muestran que los ciudadanos aprecian mucho más el ejercicio de la democracia local, que lo que pasa en el escenario nacional, y ahí hemos tenido una especie de desfase o de disonancia en los últimos años. Uno ve que los gobernantes locales son mucho más apreciados que los congresistas y que los propios presidentes, con esa gran excepción de la política colombiana que es Álvaro Uribe.

E: ¿Esa misma separación o esa misma decisión o gusto por esa democracia local, también está relacionada con esa fragmentación que

mencionó antes?, ¿cree que los acuerdos están trayendo ahora soluciones para esa fragmentación, porque geográficamente hay algo que hace que el país se fragmente, pero cómo vuelve a concebirse un país en esa unión nacional?, ¿es un momento también para eso?

**JG:** Digamos (y el doctor Armando Estrada participó en varias de las reformas importantes que se hicieron en Colombia en los últimos treinta años sobre descentralización) ya se había diagnosticado que la descentralización era una de las medidas que había que tomar para hacer más eficiente la administración pública, pero también para revitalizar la democracia colombiana. Creo que los datos sobre democracia local son un efecto de las reformas que se hicieron en el 86 y después en el 91 con los procesos de descentralización, se recogieron esos frutos. El país, por distintas razones en los últimos años, poco más de una década, ha vivido un proceso de recentralización, que de nuevo nos lleva a nadar en cuál es el esquema de gobernabilidad que existe. Ahora los gobernantes locales perdieron poder en detrimento del poder ejecutivo y en detrimento del legislativo. Porque lo que se conoce popularmente como la mermelada fue un mecanismo de empoderamiento de los congresistas frente a los gobernantes locales elegidos en las regiones y en los municipios. La noticia que todavía no ha salido en los periódicos es que en el 2016 por primera vez en la historia, el presupuesto de Medellín fue superado por el de Barranquilla. Y en el 2016, Barranquilla tiene un presupuesto mayor que Medellín gracias a las articulaciones entre la clase dirigente de Barranquilla y el poder ejecutivo. Especialmente, la Vicepresidencia de la República. Entonces eso ha introducido unas perturbaciones en el proceso de descentralización que empiezan a notarse en el nivel regional, y eso puede ser muy delicado para la democracia colombiana, que al desencantamiento que hay frente al nivel central, se le empieza a sumar una insatisfacción con los gobernantes locales y con los gobernantes regionales. Eso es lo que abre la puerta para una probable inestabilidad política o por la emergencia de opciones políticas antidemocráticas.

**E:** Veo una paradoja frente al proceso de paz: mientras el gobierno hace unos acuerdos en La Habana, el país está totalmente desarticu-

lado en términos económicos, como lo demuestran las movilizaciones campesinas y organizaciones de camioneros, y veo que es paradójico, porque el origen de las FARC en los años cincuenta fue precisamente esa ausencia de Estado en los sectores campesinos. Entonces estamos frente a un país que se sienta a negociar con un grupo armado, pero hay una desvinculación económica y particularmente ausencia del Estado en esos sectores rurales...

**JG:** Hace muchos años renuncié a hablar de proceso de paz porque esto es lo que es, un acuerdo entre el Gobierno y las FARC, y no es menos ni más que eso. La palabra paz es muy grande para limitarla a un acuerdo con las FARC. En Colombia terminamos haciendo una paz por cuotas: llevamos nueve negociaciones, vamos por la décima, y han sido negociaciones parciales, cuyo balance general es positivo ya que ha disminuido la violencia, ha mejorado la situación en lugares que estuvieron muy afectados; y creo que el acuerdo con las FARC tiene la importancia de que es uno de los últimos y es el acuerdo con una organización que fue muy extremista y causó mucho daño en el país. La única organización con estructura estalinista de pensamiento. Pero sin duda que tiene problemas. Fue una negociación muy larga, empezó en un país y en un continente muy distintos a la situación actual: Colombia, al principio de los diálogos, crecía al 5% y hoy lo hace al 3%, empezó en un ambiente latinoamericano muy dominado por el socialismo del siglo XXI y va a terminar con una crisis del mismo, y eso significa que este acuerdo se va a firmar con menos recursos por parte del Estado para cumplir con esos compromisos. El otro problema de la negociación es que el Presidente en lo único que ha pensado es en el diálogo con las FARC. De hecho, mi tesis es que el Presidente Santos hizo todo para facilitar el acuerdo pero descuidó las bases fundamentales para la construcción de la paz y el cumplimiento de esos mismos acuerdos, descuidó el tema de los cultivos ilícitos, el tema de la relación política con las regiones, de cómo se está tratando el tema de minería ilegal e informal, no prestó ninguna atención a los problemas del campo, que se supone están en el centro de la negociación. Entonces yo veo que la paradoja está en que él va a terminar siendo el Presidente del acuerdo pero no va a ser el Presidente de la paz, porque las líneas estratégicas en las que debe ir encaminada la

construcción de paz, él las descuido en sus dos gobiernos, y el verdadero blindaje de los acuerdos de paz va a terminar siendo la próxima elección presidencial. Que los acuerdos con las FARC se cumplan y hagan parte importante de la agenda política va a depender del otro Gobierno, ya no dependió de este. Yo creo que la principal paradoja está en eso, pero tiene una cosa buena, y es que un proceso de estos no se puede personalizar, es un proceso en el que han participado diferentes gobiernos y diferentes fuerzas políticas.

**E:** En la carta de Santos a Uribe, Santos reconoce que Uribe hizo un aporte a esta situación.

**JG:** Eso es innegable, hay que ser muy poco generoso o sesgado en el análisis para no reconocer el actor que fue Uribe para llegar a esta situación.

**E:** Hablando de la Constitución de 1991, tres de los elementos más importantes con los que se vendió la idea de esa reforma constitucional eran la descentralización, el combate al clientelismo, para lo cual se crearon dos normas como lo fueron la carrera administrativa y la prohibición absoluta de auxilios, y el mejoramiento de la justicia. ¿Cómo ve esta situación actualmente?

**JG:** Si vamos a hablar de esos tres temas, creo que el balance es positivo en el tema de descentralización y negativo en los otros dos. En el cambio de forma de hacer política, rápidamente se produjeron unos mecanismos contrarreformistas que hicieron que los auxilios volvieran bajo otra modalidad, corregidos y aumentados en proporciones enormes. Se introdujeron unas reformas electorales, una muy fallida que se probó en la década del noventa, después se introdujo otra que logró agrupar más a las organizaciones partidistas y electorales, pero creo que en general esa sigue siendo una tarea pendiente. Y en el tema de justicia, creo que el gran aspecto importante, y que sigue siendo positivo, es la Corte Constitucional. Creo que la Corte sigue siendo la joya de la corona y el mecanismo de la tutela que sin duda ha tenido abusos y perversiones, pero que en el balance general facilitó el acceso del ciudadano de a pie a la justicia. En cuanto al funcionamiento del aparato judicial, creo que

lo que ha pasado es que volvimos a una situación preconstitucional, un aparato judicial muy corporativizado en el sentido de blindarse respecto a las necesarias imbricaciones que debe tener con el resto del Estado, y muy permeado por los problemas del régimen político, de politización y corrupción, por lo que esas siguen siendo asignaturas pendientes. Diría, además, que aparte de la descentralización, los grandes aportes de la Constitución del 91 son la constitucionalización de derechos, y un elemento del que no se habla mucho y es entender al acto constitucional como acto simbólico, creo que el único que hace hincapié en eso es Mauricio García Villegas, y lo que él dice es que la Constitución cumplió un papel muy importante en el sentido de decir “aquí estamos todos, aquí cabemos todos”, y todo el que insistía en que no tenía un espacio político se quedó sin argumentos para decir que no lo había, porque la Constitución lo brindó, y creo que veinticinco años después sigue teniendo ese valor, y de alguna manera cambió el país significativamente para bien. Pero siguen habiendo tareas magnas, y esas dos son las más importantes: reformar la forma de hacer política y tener una justicia más eficaz, más independiente.

**E:** Uno encuentra una serie de autores justificadores de la violencia, de la subversión de las FARC. Usted encuentra, por ejemplo, en el presidente del Partido Verde, en el senador Cepeda y en otras personas que consideran que las FARC pudieron tener razón, y el argumento es que el Estado era demasiado débil, la exclusión, había mucha pobreza... ¿Usted sí cree que se pueda justificar teóricamente que esas debilidades de la sociedad colombiana hubieran llevado a una guerra tan atroz como la que llevaron las FARC en la sociedad colombiana?

**JG:** No, de hecho el planteamiento mío es que el lanzamiento de las FARC y las guerrillas colombianas es injustificable desde todo punto de vista. Desde el punto de vista político, porque aunque creo que Colombia vivía una “democracia consorcial”, era una democracia que permitió espacios para terceras opciones. De hecho, el Partido Comunista participó y tuvo congresistas en la década del sesenta por varias circunscripciones. Creo que ha habido en el país una confusión en la diferencia entre explicación y justificación. Hay una explicación de que la guerrilla

haya existido: la primera es la existencia de unos agentes políticos como el Partido Comunista y el Partido Liberal, que alentaron la formación de estos grupos. Segunda, un Estado débil que no fue capaz de resolver el desafío guerrillero como lo resolvieron en todos los países del continente. En Bolivia se demoraron nueve meses para resolver el desafío guerrillero, y eso que estaba encabezado por el gran mito guerrillero mundial, el Che Guevara. Y la tercera explicación está en el narcotráfico, creo que ese encuentro entre narcotráfico e insurgencia fue nefasto para el país, no solo por los recursos económicos, sino por el nivel de desorden que el narcotráfico introdujo en toda la sociedad colombiana. Entonces creo que desde la perspectiva de las Ciencias Sociales hay explicaciones para el surgimiento y la prolongación del fenómeno, pero desde la perspectiva política y ética creo que no hay ninguna justificación, y tuve la oportunidad de decirlo en el informe que presenté a la Comisión de Memoria Histórica que se creó en la Mesa de Conversaciones de La Habana. Dije que es una guerra injusta, además, que entre el año de 1995 y 2005 produjo unos daños impresionantes en el país, homicidios, destrucción de poblaciones, de infraestructura económica, carreteras, electricidad, oleoductos, y por eso es tan perentorio superar la situación.

**E:** ¿Cuál ha sido el papel de la iglesia católica durante la etapa de violencia y ahora en la negociación?

**JG:** En general, soy muy crítico frente al papel de la Iglesia, creo que nunca tuvo claro el problema de la violencia. En abril pasado, el Papa Francisco reunió un grupo importante de religiosos de distintas partes del mundo para discutir la doctrina de la guerra justa, que ha sido la doctrina dominante en la Iglesia durante mil años. Y creo que eso demuestra que la Iglesia no pudo resolver el problema de la apelación a la violencia. Creo que la Iglesia siempre jugó un papel muy ambivalente, y por eso no es gratuito que encontremos que gente importante de la Iglesia resultara involucrada no solo con la guerrilla, sino también con los paramilitares. En los años ochenta, cuando el Papa Juan Pablo II le pidió a la Iglesia que cumpliera un papel de mediación en el conflicto colombiano, y en general en el mundo, esta tampoco supo entender bien la mediación. Es comprensible, ser mediador es muy difícil porque es complicado separarse

de los actores, y para la Iglesia cumplir ese rol era casi imposible, porque o estás con la comunidad o te pones por encima de ella como árbitro de un conflicto. La demostración de eso es que la Iglesia vino a percatarse del problema de las víctimas de Colombia casi tan tarde como el resto de la sociedad. Entonces soy crítico entendiendo que la Iglesia no es algo monolítico, hay sacerdotes y hubo presidentes de la conferencia episcopal que intentaron jugar un papel positivo, pero al final del día los diálogos de La Habana muestran un saldo negativo para la Iglesia. Durante treinta años, incluso desde el 58, la Iglesia siempre fue protagonista central de todos los procesos de negociación y acercamiento, de la manera como se definían los términos de las negociaciones, pero esta es la única negociación en la historia de Colombia en la cual el papel de la iglesia colombiana es cercano a cero. Creo que eso es fruto del desempeño que ha tenido, el Gobierno no los tuvo en cuenta ni en el diseño ni en los acercamientos ni en la comisión negociadora ni en el proceso de negociación, por lo inasible que ha sido y lo errática que ha sido en el pasado reciente.

**E:** Usted dice que no encuentra justificación ética para la guerra de guerrillas en Colombia. ¿Encuentra usted justificación para negociar con personas que han hecho tantas atrocidades y se les dé un tratamiento tan favorable?

**JG:** Creo que estamos en un paradigma nuevo y es el de la justicia transicional, que sé que es muy difícil de entender desde la óptica jurídica de normalidad, y también desde una sociedad como la colombiana que sufrió todo lo mencionado anteriormente. Pero me parece que la justicia transicional que se ha venido construyendo en el mundo, desde 1994 hasta hoy, ofrece un marco que nos lleva a que la sociedad se ponga de acuerdo en unos términos que sean aceptables, si no para todos, por lo menos para la mayoría de la sociedad, que permitan que personas que hacen parte de grupos ilegales puedan hacer el tránsito a la vida legal y civil en términos normales. Creo que este acuerdo de justicia transicional, en términos generales, cumple con los parámetros internacionales. Creo que le satisface a la Corte Penal Internacional. Desde mi perspectiva, las personas que resultasen condenadas por ese tribunal como responsables de crímenes de lesa humanidad deberían también perder sus derechos

políticos. Es decir, las fuerzas que integran las FARC pueden participar en política, pero las personas que resulten culpables de crímenes de lesa humanidad no deberían participar en política, creo que ese es uno de los errores del acuerdo de justicia transicional. Hay otro asunto por definirse y es la reparación por parte de las FARC, no solo simbólica sino también material a las víctimas o a algún sector importante de las víctimas, en “algunos casos emblemáticos”, como suele decirse en estas discusiones. Estos son procesos de negociación que están sujetos a la puja de muchos actores, no solo de las FARC y el Gobierno, sino que ahí participan unos países garantes, hay unas presiones de la sociedad civil, hay unas presiones de la comunidad internacional, Corte Penal Internacional, entonces creo que el resultado global es lo que hay que evaluar, creo que ese es aceptable, teniendo diferencias con algunos de los términos allí establecidos, pero creo que al final de las negociaciones debe hacerse un balance general. Confío en que el ejercicio del tribunal o de la comisión de la verdad nos permita hacer una cosa que no se ha hecho en Colombia, y es que la sociedad pueda conocer por boca de los protagonistas todo lo que hicieron a lo largo de treinta o treinta y cinco años, cosas absolutamente prohibidas no solo por la CPI, sino por la misma tradición guerrillera. Fidel Castro es crítico de las FARC, en el tema del secuestro. Llegar a una negociación como punto de cierre de un conflicto interno presupone que el acuerdo final sea heterogéneo y que haya cosas que a uno no le gusten, pero frente a las que hay que hacer un balance general, y a eso nos vamos a abocar de aquí a fin de año, si cada ciudadano en su conciencia o cada organización política mira en conjunto el acuerdo y considera que es más lo positivo que lo negativo o viceversa. Creo que hay algunos defensores de votar ‘no’ en el plebiscito, que están informados, tienen argumentos que abren la posibilidad de que haya una discusión política seria de cara a ese plebiscito, y creo que es muy malo que el país se meta en la posición de estigmatizar a los unos o a los otros. Lo importante es que se den los argumentos y que al final del día cada uno haga su balance y marque la casilla que considere pertinente.

**E:** Cuando el Frente Nacional, la oposición fue mínima. Fueron cuatro millones de votos positivos contra casi doscientos mil negativos.

Cuando el M-19, prácticamente fue unánime el respaldo, no hubo voces críticas que argumentaran en contra de eso. En cambio ahora uno encuentra posiciones muy férreas, y como usted dice, en algunos casos con argumentos. ¿No será muy frágil al final un plebiscito que obtenga un 60% o 70% cuando los otros procesos de paz han tenido prácticamente unanimidad?

**JG:** Diría que si en el plebiscito el umbral fuera mínimo y el 'sí' ganara por el 50% eso sería cierto. Para las partes negociadoras es muy importante que el plebiscito tenga participación superior al 25% del censo electoral y haya un triunfo del 'sí' por mayoría absoluta, pongamos un 66%. Ahora bien, si se mira a largo plazo y en términos políticos, me parece que un resultado 65-35 o 70-30 puede ser interesante, mandaría un mensaje para las instituciones encargadas de implementar los acuerdos; pero también un mensaje a las FARC, porque creo que ellos no han acabado de entender que no representan a la población colombiana, o digamos lo que dicen las encuestas, representan el 3%. Entonces eso sería interesante porque vamos a tener una Comisión de la Verdad funcionando por tres años y que quienes están siendo comisionados entiendan que esta sociedad está siendo exigente con ellos en términos de verdad. Vamos a tener un tribunal especial de paz que va a funcionar a pleno vapor en tres o cuatro años y luego va a tener una duración más larga, y que esos magistrados reciban el mensaje de que esta sociedad colombiana no está entregándoles cheques en blanco a los que firmaron el acuerdo. En lo inmediato, deseable que gane el 'sí' con mayoría absoluta, pero que haya un sector importante de la población colombiana que mande ese mensaje para las instituciones que vienen. Creo que en este proceso de negociación, los escépticos jugaron un papel muy importante porque le bajaron las primas a la negociación, la expectativa. Eso lo juzgarán los historiadores en veinte o treinta años, es muy temprano para hacer el balance, pero en general creo que las voces críticas han sido muy importantes para este proceso.



Pedro Nel Gómez  
La guajira. S.f.  
Acuarela sobre papel  
Dimensiones: 46 x 29 cms.  
Colección Casa Museo Pedro Nel Gómez